Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVIII | San José, Costa Rica | **1941** | Sábado 15 de Marzo | Nº 5

Año XXII — Nº 909

En este número:

A propósito de Carrillo

Braulio Carrillo

(Envío del Sr. *Jinesta*).

Es la atrayente monografía de medio siglo de vida de un pueblo en torno de un hombre este opúsculo (*) de D. Carlos Jinesta. Hay en estas páginas un rebosamiento del sentir y del hacer de los hombres que poblaron medio siglo y cuatro ciudades. La narración sucede a la descripción y ésta al cuadro de costumbres, el cual se interrumpe para agregar un rasgo al retrato que constituye el centro de la monografía.

Pronto, a la segunda página, se me viene el Montalvo de la fina historia, el de la anécdota chispeante y galana, el de la lengua rica y de la sintaxis recién estrenada y sin ajar, ése que unta su palabra de gracia; ése que engasta una sorpresa en la frase, donde falta un verbo para dar movilidad a la narración, o para impedir que esconda bajo el ala su cabeza de golondrina el pensamiento; ése es el Montalvo que surte de cláusulas como ésta: "Su madre activa, no hasta la importunidad; hacendosa, nada soberbia; ella a lavar la ropa, ella a aderezar la mesa; ella a peinarse, ella en persona a todo." O esta otra sentencia: "Embriaguez, lujuria, holgazanería, duro con ellas". Y muchas y muchas más que revelan que su autor no escribe meramente para comunicar el pensamiento que le relampaguea en la fragua de su magín, sino que se deleita mirándolo girar en el torno que pone en movimiento un afán de estilo y de bien decir. Obvio es decir que este joven novelista de la verdad histórica no quiere ganarse las "siete yugadas en el infierno" a que él condena a quien no escribe como debe. ¿Novelista de la verdad histórica? Por supuesto. Y así lo es también nuestro magnífico Fernández Guardia. La historia o es novela o no es historia, sino almacén de materiales de construcción. No hay una buena historia que no sea una novela. Pues que ella es la creación de un conjunto de situaciones en las cuales aparecen personajes dotados de una compleja humanidad que el novelista-historiador pone en juego dentro de un medio social y político, de donde resulta el llamado acontecimiento histórico.

La capital diferencia entre el novelista y el historiador nace, no de la esencia de las cosas, sino de los materiales con que uno y otro construyen su obra.

El historiador se vale, hasta donde le es posible, de documentos emanados directa o indirectamente de los personajes que intervienen en los sucesos que constituyen el objeto de la narración, o de aquellos otros documentos derivados de sus contemporáneos. Los sucesos fueron públicos o afectaron de manera importante o trascendente la trama de la vida nacional en alguna de sus decisivas manifestaciones.

El novelista puede no compulsar tales documentos, y personajes y situaciones pueden ser de su propia invención; sin embargo, el procedimiento de los resultados, considerados artísticamente, son los mismos. Las más de las biografías en nuestro tiempo no son otra cosa que novelas históricas. Y era ingente la preparación documental de Zola para cada una de sus novelas.

El novelista posee la libertad para crear sus personajes y elegir el escenario y la duración de la acción; pero no puede traicionar ni desfigurar aquellos personajes, si no es de acuerdo con las leyes de transformación interna de los individuos. En cambio el historiador debe aceptar escenario, duración de la acción y personajes, si bien suele desfigurarles, que se ajusten a su personal concepción de los eventos ocurridos.

Braulio Carrillo

Por otra parte la fidelidad de los documentos no es cabal ni definitiva. Los escriben los hombres. Los interpretan los hombres. Resurrección de hombres y de períodos o de grandes épocas exige la imaginación del novelador para dotarlos otra vez de vida. Bases de pórfido, imperecederas piedras de las canteras de los archivos, venga luego el arquitecto de las orillas del lago de Como a labrar los palacetes o los santuarios.

¿Y acaso no es la vida de cada hombre su novela? La biografía contemporánea es un nuevo género en el que la historia, como arte de aprovechar el documento anuda tan felices relaciones con el arte de novelar, que ha llegado a ser tan cautivadora como las viejas novelas de Scott. La descarnada biografía es menos verdadera, porque le falta el fino toque de la vida y de la poesía, que jamás faltan en la vida de un hombre que se ha hecho digno de la biografía. Sin contar con que la verdad de la historia es particular, es individual, en tanto que la verdad de la poesía es más filosófica, pues que es general. El biófrafo es el novelista de una determinada alma humana que pasó por la tierra. El grano de poesía que derrame en su narración alcanzará el sahumerio que la embalsame de duradero encanto.

Este *Braulio Carrillo* fué personalidad compleja. Carece de ambición, pues que de Alajuelita una delegación militar no pudo arrancarle de su tranquilidad campestre. Lográronlo sus amigos organizándose en escolta armada. No obstante, una vez en el poder se transforma en el reformador atrevido, como si lo empujase una ambición desbordada. Aparece en él un civilizador: introduce en grande el cultivo del café, abre caminos, construye puentes, edificios, fortificaciones, aduanas; traza el plano de un puerto y el de la ciudad de Atenas; concede tierras a los indios de Tucurrique en las inmediaciones de Cartago: funda escuelas, promulga códigos, decreta abolición de diezmos y primicias, seculariza cementerios. Es el hombre de su época, lector de Montesquieu, de Condillac, de Rousseau, de Constant, de Bentham, de Lamennais. Todo lo cual explica su liberalismo, si bien no se justifica su tiranía.

En las huyentes páginas de esta monografía hay bellos cuadros de la vida nacional: la vida de un niño a principios del siglo dieci-

---

(*) *Braulio Carrillo y su tiempo*, por Carlos Jinesta. San José, Costa Rica, 1940.

nueve, la construcción de una casa, el ajusticiamiento de un condenado a muerte, la descripción de un fragmento de la ciudad de San José, un día de vida de hogar, la carreta, una excelente riña de gallos.

Hay aquí una valerosa página respecto del cultivo del café, que siendo, al decir de las gentes, gloriosa fuente de riqueza nacional va atrayéndonos la pobreza; ha creado una aristocracia que antaño fué omnipotente y que ya viene a menos, a causa de los mismos males que engendró.

Esta monografía es preciosa, porque ciñendo un breve período de la vida de la nación, posee la esfericidad de la vida. Es bella contribución a la historia de la civilización patria.

En cuanto al juicio político pienso que el historiador Jinesta hace su obra perfecta cuando deja al lector en condiciones de apreciar la ingenua redondez de su testimonio, del testimonio de las ideas y de los hechos por ellas generados. Hasta donde tenemos derecho a juzgar la íntegra actuación de un hombre desde el punto de vista de los acontecimientos y las tendencias posteriores, a una siglo de distancia de aquel hombre, de aquel pensamiento, de aquel pensamiento que se movió en servicio de necesidades de sus días y de su medio. Carrillo conoció las ideas democráticas. Le bastó para ello la lectura de Benjamín Constant que las expone con claridad y con sabor. Sabemos que no fué ambicioso, ni codicioso, ni mercenario; luego si atropelló sus mismos principios liberales será bien que moderándolos pesemos en la misma balanza al dictador y a sus contemporáneos. Puede que un Rasputín visionario, armado de sus conciudadanos, logre llamarse Adolfo Hitler... Y en tal caso, ¿cuál es la responsabilidad de Alemania?

ROBERTO BRENES MESÉN

Minucias de la Historia

(Del *Diario de Costa Rica*. San José, julio de 1940).

Muy poco sabemos hoy de la vida privada de nuestros primeros gobernantes republicanos, no obstante que sólo ha transcurrido poco más de un siglo desde que nos emancipamos de España. Desaparecidos sus contemporáneos, no nos queda ninguna fuente de información al respecto, ya que aquí nadie, como en otras partes, ha dejado Memorias que pudieran darnos sobre los hombres públicos y los acontecimientos políticos esa clase de datos que no suelen trascender a la generalidad de las gentes y suministran a veces la clave de sucesos oscuros. Así, por ejemplo, los historiadores consideran las *Memorias* de la duquesa de Abrantes como la fuente más valiosa sobre la vida y milagros de Napoleón.

La escasa tradición oral, muy incierta, es casi lo único de que disponemos para evocar a nuestros primeros gobernantes en sus intimidades, como lo acaba de hacer el inteligente y laborioso escritor Carlos Jinesta respecto del Lic. don Braulio Carrillo, en un estudio biográfico muy meritorio, por el cual he tenido especial agrado en felicitarlo cordialmente, felicitación que ahora reitero.

Sin ánimo alguno de crítica y antes bien movido por el deseo de que se conozca cada vez mejor todo lo que se refiere a Carrillo, espero que el señor Jinesta me permita señalarle un pequeño error deslizado en su magistral descripción prosopográfica de nuestro don Braulio, allí donde dice que éste tenía "ojos azulosos, grandes, prominentes"; y así eran en efecto sus ojos, salvo en lo tocante al color, notoriamente negro. Sobre esta circunstancia me dijo alguna vez el historiador don Francisco María Iglesias, que conoció a Carrillo: "Sus ojos eran tan negros y tan brillantes, que las gentes los calificaban de ojos de frijoles mojados, detalle que le indiqué especialmente al pintor Jouy, al encargarle el retrato de don Braulio en París."

En mi libro *Cosas y Gentes de Antaño* me he referido a este excelente retrato que se conserva en la Casa Presidencial. Fué tomado del que a lápiz hizo de Carrillo en Guayaquil un artista desconocido, el año de 1842. El de Nueva York, que cita el señor Jinesta como de 1835, es en realidad de 1851 y lo hizo grabar don Felipe Molina, de acuerdo con el mismo retrato guayaquileño, único que se conoce de Carrillo tomado del natural y que ha servido de modelo para todos los demás.

Voy a formular ahora una duda. El señor Jinesta dice que Carrillo era parco en el comer. Es posible que lo fuese, pero no conozco ningún dato ni en pro ni en contra de esta aseveración. Mi duda se origina en dos observaciones: primera, en la fisonomía bastante frailesca de Carrillo, en su boca de labios sensuales, en su rechoncha complexión, que parecen indicar un devoto del buen yantar; segunda, en que figura en el catálogo de sus libros un tratado de gastronomía, y es bien sabido que en aquella época eran aquí muy escasos y caros los libros, lo que hacía que los aficionados a ellos se limitasen a comprar los estrictamente necesarios. No me parece por lo tanto muy aventurado suponer que don Braulio era aficionado a la bucólica, a juzgar por la adquisición del tratado de gastronomía.

De la verdadera frugalidad de otro de nuestros antiguos gobernantes sí puedo dar fe. Dotado de un fino paladar, era muy exigente en materia de cocina, pero comía poquísimo. Cuatro o cinco bocados del plato más exquisito eran para él suficientes. Le gustaban los vinos viejos y selectos de Burdeos; sin embargo no tomaba nunca más de una copa. Almorzaba generalmente en su casa particular, hoy Casa Presidencial, y comía en el Palacio, casi siempre solo. Su comida consistía las más de las veces en un plato de sopa y una copita de coñac del tamaño de un dedal. Le servía la mesa, lujosamente aderezada, su mayordomo francés vestido de frac. El nombre de este mayordomo era Bernard. El resto de la servidumbre del Palacio Presidencial lo llamaba respetuosamente Monsieur Bernard.

——:——

Ha interesado al público, según me dicen, el articulejo que publiqué con este mismo título sobre el verdadero color de los ojos del Lic. don Braulio Carrillo. Y esto no ha sido porque tuviese este color alguna influencia en nuestra historia, como a juicio de Pascal pudo haberla tenida en la del mundo el tamaño de la nariz de Cleopatra.

Lo que pasa es que aquí, lo mismo que en todas partes, la personalidad y las intimidades de los que sobresalen interesan a los curiosos, que son la mayor parte. Herencia de nuestra madre Eva. Igual interés inspira a la generalidad de las gentes cuanto se refiere al tiempo viejo, aunque sólo sea para criticarlo y desdeñarlo en su admiración por todo lo moderno, que a menudo no lo vale.

Sobre nuestra vida de antaño acaba de publicar don Carlos Jinesta estas páginas muy pintorescas relativas a la época de Carrillo, que abarcan desde el nacimiento de este gran estadista en 1800 hasta 1850 o sea hasta un lustro después de su muerte.

Espigando en esas páginas, me atreveré a hacer algunas observaciones, siempre sin ánimo de crítica y tan sólo por devoción a la exactitud histórica. Bien sabido es que la historia es una de las materias en que es más fácil incurrir en errores. Así vemos que todos los años se publican obras que vienen a poner en tela de juicio tal o cual asunto histórico que parecía definitivamente fallado; y es que en achaques de historia no hay nada definitivo; todo está sujeto a revisión y enmienda aun cuando sólo sea desde el punto de vista de la diversidad de criterios. Un ejemplo entre los mil que se pudieran citar: el historiador Avemaete en un libro muy reciente demuestra que Guillermo de Orange, llamado el Taciturno desde hace cuatro siglos, no merece este apodo ya que por el contrario era un conversador ameno.

En mis trabajos históricos he cometido muchos errores; pero los que tienen la paciencia de leerme saben que no me aferro en ellos y los corrijo cuando logro descubrirlos o me los señalan, como lo hizo más de una vez don Cleto González Víquez, que sabía más historia de Costa Rica que todos sus compatriotas juntos. Dicho esto debo declarar, para la satisfacción del señor Jinesta, que casi todos los que he encontrado en su opúsculo son tan insignificantes que no valen la pena de apuntarlos, como no sea en obsequio de los curiosos a que al principio me referí. Veamos ahora en qué consisten esos errores, a mi entender por supuesto, porque bien puedo ser yo el equivocado.

El señor Jinesta dice, al describir una escena de familia en tiempo de la infancia de Carrillo, que a prima noche tomaban todos café archisuperior. Ahora bien, casi se puede asegurar que no lo tomaban ni bueno ni malo, por la razón de que durante la niñez del futuro autor de la Ley de Bases y Garantías (1800-1807), no lo había en Costa Rica. A este respecto consta en documento citado en la "Historia" del Lic. don León Fernández, que fue el año de 1804, cuando el gobernador Acosta declaró libres de derechos las plantaciones que se hicieron de café, con el objeto de fomentar este nuevo cultivo en la provincia. Antes de esa fecha, ningún documento de nuestros Archivos Nacionales se refiere a cultivos de café y sí muchos a los de cacao, trigo, etc. Suponiendo, pues, que se sembraran aquí en

1804 o 1805 los primeros cafetos y esto en número muy corto por tratarse de un ensayo, es forzoso admitir que deben de haber transcurrido por lo menos diez años antes de que tomase alguna extensión el consumo del café en el país, consumo que al principio fué seguramente muy limitado. Por los motivos expuesto me parece que se puede tener por cierto que el niño Braulio Carrillo y su familia lo que tomaban a la hora de la cena era chocolate, bebida general de los costarricenses por la noche hasta no hace muchos años.

Refiriéndose al Lic. don Manuel Aguilar, electo jefe del Estado en 1837, el señor Jinesta escribe que este gobernante combatió con tesón "los violentos estragos de la epidemia del cólera que azotaba al país, ocupándose de la higiene y en auxiliar a las poblaciones infestadas." Cierto es que en ese mismo año azotó el cólera a los otros Estados de Centro América; pero afortunadamente el nuestro se libró de la epidemia, gracias a las muy enérgicas y acertadas medidas que tomó el Gobierno de Aguilar para detenerla en la frontera de Nicaragua, lo que se pudo conseguir. Aquí sólo hemos tenido una epidemia de cólera, la de 1856.

Allí donde trata del manifiesto de Carrillo, fechado en Puntarenas el 15 de abril de 1842, el señor Jinesta dice: "Por mera coincidencia dos días después era asentada en América Central la abolición de los esclavos." No hubo tal coincidencia. La verdad histórica es que la abolición de la esclavitud había sido decretada dieciocho años antes, el 17 de abril de 1824, por la Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas del Centro de América reunidas en Guatemala.

Nos describe el señor Jinesta la catedral de San José en tiempo de Carrillo; pero es el caso que en aquel entonces lo que había era la parroquia o iglesia mayor, que no se convirtió en catedral hasta después de la erección de la diócesis independiente de la de Nicaragua, bajo el gobierno de don Juan Rafael Mora.

Nuestras damas no usaban en vida de don Braulio crinolina y tontillo a la moda del segundo imperio, como lo refiere el señor Jinesta, olvidando que este gobierno se implantó en Francia seis años después de la muerte de Carrillo. Si algunas modas francesas siguieron las damas costarricenses en su tiempo, éstas sólo pueden haber sido las del primer imperio, de la Restauración y del reinado de Luis Felipe de Orleans.

No fué don Basilio Carrillo, hermano mayor de don Braulio, el que estuvo a ver en Guayaquil a este ilustre proscrito, sino su sobrino del mismo nombre. Este error es en realidad mío, pero ya lo corregí en la segunda edición de *Cosas y Gentes de Antaño*. También otros más graves.

El diplomático norteamericano E. G. Squier no vino a Costa Rica en 1854 ni en ningún otro año, no obstante haber sido acreditado ante nuestro gobierno. Escribió sobre el país tan sólo por referencias.

Los lectores dirán que casi todos estos reparos no valen un comino. Y así es la verdad.

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

(28-VII-40).

Mi mujer y mi monte

Diario de un colono

Por GEORGES VIDAL

(y 3. *Véanse las dos entregas anteriores*).

20

Las *velas* aquí no escasean. Se las organiza para los nacimientos, casamientos, muertos, aniversarios y fiestas más o menos usuales. Es una ocasión de bailar, de embriagarse y de pelear. Tres cosas muy divertidas, a mi juicio, y que tampoco descuido. Sin embargo, rara vez me ocurre pelear, pues el revólver que cargo a la cintura impone mucho respeto a los machetes de mis adversarios.

Esta noche hay *vela* en casa del viejo Aguilar, un indio de cabellos blancos que festeja el nacimiento de su hijo mayor, Rafael, de regreso de la costa. La costa! Esta hija seductora que le quita a los indios sus hijos, como la ciudad se los coge a los campesinos de Francia, para devolvérselos más tarde comidos de sífilis, paludismo y vicios. La costa! un dólar al día, cine, putillas, todo esto en vez del bosque austero... Ellos parten.

Rafael Aguilar ha vuelto, pues, con la sífilis, el paludismo, los vicios y algo más, un reloj de acero. No sabe leer en el reloj la hora que es, pero eso no importa. Lo saca del bolsillo con gestos afelpados, lo mira, luego mira el sol, y da la hora. Este modo de obrar tiene la ventaja de que no es totalmente indispensable que el reloj camine, pero eso sí, que no haya nubes.

A la entrada del rancho, las visitas dejan el cuchillo. Para los bailarines han pisoneado bien la tierra. En el fondo, se alza un altarcito en que se aloja cualquier santo bajo un domo de flores de papel y cintas multicolores, a tiempo que por ambos lados las candelas brillan. Se sientan alrededor de la pieza en los bancos y a los invitados se les llama a su turno a la cocina, en donde los aguarda un vaso de chicha. Es el padre quien ha venido a llamarlos la primera vez. Otra vez la madre vendrá, los hijos o hijas otra vez. El invitado beberá de este modo chicha, café y guaro y comerá un pedazo de pesado tamal de elote.

La orquesta—dos guitarristas—adormece con sus cadencias, pues los aires a que son aficionados los indios no son muy animados. Es un ritornelo repetido indefinidamente en un ritmo monótono y continuo como el mover de un péndulo.

Se baila. Soy el único calzado y me cuido de que mis zapatos pesados vayan a hacer estragos en los pies descalzos que se deslizan en torno mío. Las danzas son muy largas y a la mitad las mujeres cambian de compañero. Eso se hace muy regularmente. El recién llegado detiene la pareja al pasar y le pide al hombre que le ceda su compañera, la que debe obedecer pasivamente. Ocurre, con todo, que la bailarina rehusa el brazo del segundo caballero y le pide al primero que concluya la pieza. En tal caso, el primero, si acepta, es considerado como el responsable de la afrenta que se le ha hecho al segundo, y aquello es el zipizape. Es raro que una vela se pase sin un entreacto de esta naturaleza. Aquella noche la cosa llegó a consecuencias extremas.

Veamos cómo.

Cristina danzaba con Manuel cuando Rafael llegó a detener la pareja. Manuel había dejado ya a la bailarina cuando ésta corrió detrás de él para pedirle que continuaran. Ambos entonces se cuadraron el uno contra el otro y juntos corrieron al rincón en que estaban guardados los machetes. Ambos se han armado y puesto el sombrero, mas el indio viejo de cabellos canos los aguardaba en la puerta. Quitó al hijo el cuchillo y también al convidado. "Hasta que raye el día, les dijo, guardaré las armas. Antes del amanecer no se las entregaré. Sálganse y entiéndanse en paz". Salieron los muchachos y los hemos acompañado. Ambos tienen partidarios entre nosotros que no aguardan más que un gesto para envenenar el asunto. El guaro ha vuelto del todo imposible la reconciliación. Al claro de luna que alarga sus siluetas y las hace más grandes y más trágicas, los dos adversarios se agarran de pronto y ruedan por la pendiente de una cuestilla. A su vez, los padrinos se han agarrado. Un zipizape general se escala desde el rancho al arroyo pedregoso que corre en el fondo. Gritos suben y se entrecruzan. La noche trasparente amplifica la escena y la purifica de su bestialidad. Las mujeres, apiñadas alrededor del rancho, miran con ojos ávidos. Siempre es hermoso, para una mujer, ver batirse a los machos.

Sin embargo, a solicitud del viejo Aguilar, las guitarras han vuelto a su canturria y poco a poco las parejas vuelven a hacerse. Los contendientes reaparecen. De uno en uno, sin daños mayores. Pero Cristina está atenta, todavía tiembla voluptuosamente de la emoción pasada y se desesperaría porque las cosas se arreglaran tan pronto. Mimosa, va y se sienta cerca de Manuel y le pide que dance con ella. Manuel vacila y rehusa. "Está bien, sonrió, ¿esto no lo rechazarás?" y le alarga un vaso de alcohol. Eso, en efecto, eso jamás se rehusa. Cristina, apoyada en la espalda del mozo, le habla con dulzura, le acaricia el cuello con los dedos le-

ves, le llena otra vez el vaso. Lo que debía ocurrir, ocurrió, Manuel, ebrio y amoroso, se levanta y la coge en los brazos.

Sin embargo, del lado opuesto del rancho, una mujer sentada a la par de Rafael calcula por igual la dosis de guaro y de caricias de su cuerpo tibio.—"Vas a aguantar esa provocación?" Y los dos hombres han saltado el uno sobre el otro, sin ver que las mujeres se han sonreído.

Los puñetazos no han bastado esta vez. Los albores quiebran. Al viejo se le recuerda su promesa. El viejo se inclina y les entrega los cuchillos. Rafael entonces se acerca a su madre que solloza, se arrodilla y le da su pañuelo de seda roja. Manuel, también, se ha quitado su pañuelo. A Cristina le encarga que vaya a llevárselo a su madre que vive en un rancho distante.

Nadie trata más de reconciliarlos. El padre Aguilar ha abrazado a su hijo como lo hacía cuando Rafael se iba a la costa, y los dos muchachos se han ido a paso igual a la selva virgen. Al sol naciente, véseles atravesar la primera fila de árboles del bosque y desaparecer luego. De ellos, uno solo regresará. Las mujeres se aprietan friolentas y rezan.

....

La noche viene a dejarse caer en el rancho de la madre de Manuel. En un rincón, un montón de andrajos acurrujados que se mueven convulsivamente con los sobresaltos y que bien puede ser una vieja que llora. En un banco, Cristina que fuma. De pronto una sombra se ha dibujado en el marco de la puerta. La madre ha proferido el grito sordo de la bestia que vuelve a hallar su crío. ¡Es él! ¡él! Y el sobreviviente ha entrado. Pedazos de carne cuelgan de la mejilla, sobre los dientes un labio se entreabre, una de las narices falta, tronchada de cuajo por el cuchillo. Para detener la sangre, el herido se ha repellado las heridas con tierra húmeda. Cristina, desmayada en sus brazos, ha murmurado: "Manuel, Manuel, qué hermoso estás" y en la máscara atroz, su boca bebe la sangre del hombre que mató.

21

Decir yo que los indios son muy perezosos talvez sería un embuste, pero decir que son muy trabajadores seguramente sería exagerar. No hay pueblo que acumule en el calendario tantas fiestas. No pasa semana que no tenga dos por lo menos y suele haber cuatro. Todas las fiestas exigen el descanso completo de los hombres. Para las mujeres es otra cosa, las mujeres no lo necesitan y se fastidiarían si se quedaran inactivas, ¿no es cierto?

Yo casi no respeto todas las fiestas, pero sin embargo, cuando un vecino viene a verme, esos días, fácilmente me dejo coger por su indolencia.

Esta mañana vino a verme Luis Morales, cuyo bananal colinda con mi cafetal. Yo acababa de oír tocar el porón, caracol grande del que sacan los indios un sonido potente y largo que repercute en todos los valles de los contornos. El porón no se oyó más que en los casos graves y cuando un rancho pide auxilios. El llamado venía del sur, en donde una culebra había mordido a un hombre.

Sentados en el corredor, hablábamos de las culebras y pensaba en la mole de la Cangreja. La Cangreja es una montaña siniestra que domina mi finca. La forma de la cumbre rocosa recuerda vagamente el dibujo de un cangrejo gigantesco; de ahí su nombre. Al pie de esta cumbre pelada, se extiende el bosque. Al anochecer, a veces parece que esta colosal silueta tiembla y los indios vuelven la cabeza. A veces, parece que de su seno saliera un retumbo confuso. El único hombre del lugar que se ha atrevido a trepar en ella he sido yo. Se me predijo que no regresaría. He vuelto, pero sin ventaja. La Cangreja no me ha revelado sus secretos.

—Ah! me confiesa Luis Morales, mi abuela, ella, conocía la Cangreja. Era su amiga. Recuerdo que de muy chico y cuando esta región no era pública, recuerdo haber venido con a los parajes de la Cangreja. Le dimos vuelta para coger el sendero que conducía al Pacífico en dos días de camino. Pues bien! cuando estábamos frente a la montaña, mi abuela me decía: "Quédese aquí, no se mueva, si no la Cangreja retumbará y le echa uno de sus brazos de piedra." Y se alejaba de los flancos desiertos de la montaña. Clavado como una estaca, yo esperaba. Una hora más tarde veía reaparecer a mi abuela cargada de plátanos maduros y un guacal de leche. "Vea lo que me ha dado la Cangreja", sonreía ella. Y comíamos, con los ojos fijos en la enorme amenaza de las rocas.

22

Socorro sabía de cuando en cuando sorprenderme con un asado de tepezcuintle, uno de los mejores asados que se puede comer *in the world*. Caza ella el animal a la manera de los indios. Cuando ha descubierto una madriguera, obstruye la entrada con ramas secas y coloca un perro a la salida. Luego, con el cuchillo, excava muy de prisa en el pasaje de la galería, y así logra arrinconar el animal en un extremo, planta un garrote en el último hueco para cortarle la retirada, y cavando una vez más por encima de la bestia inmóvil, la mata de un machetazo. El tepezcuintle es un bocado copioso del tamaño de un chanchito y que muerde cruelmente a los perros incautos. Abunda aquí más que la liebre en los bosques de Europa.

Un asado de tepezcuintle, una ensalada de súrtuba, unas flores de itavo fritas y una yuca en dulce, eso vale tanto, después de todo, como un cocido de buey o un ternero...

23

Hace tiempo que mi vaca más nueva está triste y no rumia. Enflaquece, se queda inmóvil cerca del rancho y no busca la comida como las otras. Diez veces al día, debo quitarla del sol adonde se echa como lo hacen los animales enfermos. Por las tardes, le sirvo una ración de bananos verdes, que sazono con dos o tres puños de sal, pero apenas si los prueba. Estoy perplejo. En los diversos oficios que más o menos he desempeñado no está el de veterinario. Es una laguna que habría que llenar si alguna vez vuelvo a vivir en la civilización. Aplico un poco los remedios de que he oído hablar al indio. Hago que el animal trague botellas de café, tragos de guaro o también frijoles negros molidos y mezclados con salsol. Ante los malos resultados, me confío a la naturaleza que a veces por sí sola arregla las cosas. Y además, viviendo con los indios se vuelve uno fatalista.

Pero Socorro, que ha seguido mis esfuerzos y tanteos con incredulidad burlona, Socorro ha llamado a Ramón el curandero. Socorro bien sabe que también su padre cura, pero no tiene mucha confianza en su ciencia. Nadie es profeta en su país ni médico en su familia.

Ramón ha venido. Ha trazado círculos alrededor del animal enfermo. Ha sacado del cuerpo los espíritus malos y se ha ido a buscar yerbas al bosque. Ha hecho un bebedizo sabio que la vaca se ha tragado bien que mal. Ha hecho algunos ademanes y pronunciado algunas palabras.

Al otro día la hallé muerta en el potrero. Ramón llegaba justamente a proseguir su tratamiento. Cuando lo supo, sonrió: "Mucho tiempo estuvo en sus manos".

Sin embargo, en compensación, al amanecer he visto a la madre de la vaca muerta encaminarse hacia el rancho con un ternerito que había parido en la maleza. Caminaba a paso lento y se detenía de vez en cuando para juntarse con la cría de patas vacilantes. El ternerito se acercaba circunspecto, se tambaleaba al pasarle la lengua maternal y la marcha se emprendía de nuevo.

Hallé el sitio en que nació mi pequeño huésped. Las yerbas altas y los arbustos débiles han sido aplastados, prensados, transformados en larga cama solitaria.

Los perros, que allí me han conducido, se pelean la placenta.

24

A medio día Socorro se ha ido a llevarle piñas a la madre. Cristina ha llegado al rancho. Como de costumbre, ha encendido un cigarro y se ha puesto a examinar cómo estamos instalados. No deja de hacerlo siempre que viene y cada vez que sale, algo falta en el rancho. Lo codicia todo. Una caja de lata, un botón de nacar, un retazo de seda, un viejo par de zapatos? Alza los ojos suplicantes: "Me lo das, no es cierto?"

La sigo con los ojos o más bien me fijo en ciertas partes precisas del corpiño o de la enagua. Se siente, bajo la tela leve, la carne desnuda. Como tratara de coger un cofrecito situado en un aparato muy alto, se ha puesto de puntillas y el esfuerzo de los brazos alzados ha hecho romperse en seguida bajo la axila el crespón viejo del corpiño. Pronto y como llevada por un reflejo, mi mano se ha aprovechado del suficiente rasgón para coger uno de los senos listo a salirse. Ella, ella se ha vuelto hacia mí para buscarme. Se alza llama violenta y me quema a lo largo del cuerpo, quito lo que resta del corpiño y enaguas, brutalmente acuesto sobre las cobijas de Socorro esta presa nerviosa y flexible, la machaco, es bella y desnuda como una virgen de los trópicos e impúdica como una virgen de París. La maltrato voluptuosamente, ella ondula debajo de mí y me muerde cerrados los ojos. La he poseído y ahora la acaricio con dulzura, lame en mi cuello las gotas de sangre que brotan de sus mordeduras.

Es necesario que se vaya, pero no llego a apartar mis manos de sus caderas llenas y de su garganta. En fin la visto con ropa de

Socorro y algo le doy para que se compre otro corpiño. En el umbral, se pega a mí, cogiéndome la rodilla bajo la presión tibia de sus piernas. Me inclino sobre sus grandes ojos negros en los que siempre tiembla el fulgor inquietante. Y en ello vuelvo a encontrar la eterna sinceridad de la mujer en la mentira.

25

Mientras volvía Socorro, me puse a ordenar otra vez el rancho y arreglé las cobijas que habían hecho más suaves mis amores con Cristina, saqué el saco extendido en el tronco, en el lugar de mi mujer. Algo se cayó. Me agaché. Sorpresa: un frasquito de azogue. Una sonrisa me sale a la cara. Ah! ah! Acaso también Socorro por su parte hacía la diligencia? Pero en eso no hay nada que pueda conmoverme. Pensaba ahora en esto: ¿quién puso el azogue? Escarbo en la memoria. Sólo un hombre ha podido entrar en el rancho, Luis Morales, a quien dejé solo un rato mientras le daba de comer a las gallinas. Luis Morales? Bien! Luis u otro. Y dejé en su sitio otra vez el azogue.

26

Ahora me sustento tanto de comejenes como de frijoles. Estos endiablados animalitos—con las alas todavía—invaden el rancho y en racimos se cuelgan de mi linterna. Con la mano tapo el plato y meto la cuchara a hurtadillas. Empleo astucia y paciencia, me alejo de la luz, soplo en torno mío, grito como los animales. En vano. No me llega a la boca la cuchara, cuando ya está desbordante de intrusos.

Recordé el cuento que me contaba una noche, en análogas circunstancias, mi amigo Pedro, un notable *tropical tramp*. Me contaba: "Un árabe se fue un día al mercado a comprar dátiles. Demoró y ya la noche se venía encima. De regreso, el árabe saboreaba en extremo los frutos deliciosamente maduros que acababa de comprar. Cuando llegó a su casa, seguía comiendo dátiles, encendió la lámpara. Se dio cuenta entonces de que estaban hirviendo de gusanos. Frunció las cejas y vaciló un momento. Luego, como era un sabio, apagó la luz y siguió comiendo". Dicho esto, mi amigo Pedro soplaba la linterna y delante de los tizones encendidos del fogón, comíamos en silencio nuestros frijoles en comejenes.

Por lo común, me he visto obligado a hacer lo mismo, en tanto que Socorro sonríe, indulgente.

27

Economizo.

Cuando vivía solo me había acostumbrado a alumbrarme con canfín, lo que cuesta mucho, tanto por el transporte a lomo de mula como por el precio a que se adquiere en plaza. Socorro ha establecido en mi casa un modo indio de alumbrarse. Recoge semillas de higuerilla, las ensarta en un hilo de palmera y ya está la candela. Hay un inconveniente y es que esas candelas rudimentarias no arden bien como las otras, de pie, sino horizontalmente. Pero todo es acostumbrarse y la claridad que se obtiene es muy viva.

Preciosa Socorro! No ignora un solo deber de la perfecta esposa, cocinar, lavar la ropa, dormir de panza, cuidar los animales, limpiar los zapatos, engañar a su esposo, engrasarse el pelo con aceite de maíz y hacer chiquitos. Creía que de esta obligación se eximiría, pero ¡ay ayer me ha hecho tocarle el vientre en donde acaba de germinar una vida nueva.

Seré padre.

28

De caza. Hace tres días caminamos en el bosque virgen. Somos seis, cinco indios y yo. No volveremos a los ranchos antes de una semana. Nos escolta una docena de perros. Seguimos los ríos, a veces con el agua hasta la cintura, cortamos la maleza, cuando la podemos partir sin dificultad con el machete. Salimos de mañana, con el alba, después de un desayuno rápido y hasta la tarde, caminamos sin detenernos. Por la noche nos detenemos y hacemos un ranchito: a la altura de un hombre, y entre dos árboles, una vara, otras perpendiculares a la primera hasta tocar el suelo, palmas encima y se acabó. Algunas hojas secas sirvieron de lecho (hasta en la estación lluviosa los indios saben hallar hojas secas en el bosque). La ropa con el calor del cuerpo se seca bien durante el sueño.

Nos proponíamos: volver a hallar la pista de una danta, pero no le hacíamos ché a otras piezas que valieran la pena. Desde luego hay caza suficiente para el sustento, pues apenas trajimos un poco de arroz (no hablo del café, del que no prescinde ningún cazador!) Allí la caza consiste en pavas silvestres y monos colorados. De estos hay muchísimos. Cuando se les oye ladrar en coro uno creería hallarse en el centro de una jauría de galgos locos. Se lanzan de un árbol a otro con gracejos que asustan, se dejan caer de cedros gigantes y se agarran diez metros más abajo de una rama nueva, que se dobla y los vuelve a lanzar como lo haría una onda. Nos bombardean con palos secos y se golpean el trasero en las ramas, riéndose a costillas nuestras. En suma, son regocijados libertinos de los que hay que deshacerse sólo por necesidad.

Hay otra caza de la que se conserva la carne para venderla. Especialmente tepezcuintles, cabras, y sahinos. Estos últimos hay que salarlos y tasajearlos con cuidado. Delante del ranchito alzamos cuatro estacas que juntamos de modo que formen un cuadro a un metro de altura más o menos y en ellos se tiende la carne, cortada en tiras. Debajo, un fuego manso que vigilamos, turnándonos, toda la noche.

Descubrimos con frecuencia huellas de tigres y leones, pero no nos interesan y proseguimos. La carga comienza a pesarnos, aunque no tanto la carne tasajeada, y los indios llevan tanto como un caballo. Seguimos la fila de la montaña que se desploma hacia el Pacífico y los ranchos quedan lejos. Decidimos regresar y abandonamos la danta a su buena suerte.

Caminamos. Nos acercamos a los ranchos. Dos venados hemos añadido a la carga. Caminamos encorvados y sudorosos y, con el fardo pegado a las espaldas y sostenidos por una correa que ciñe la frente. Mi vecino Ramón tropieza con el nudo de un bejuco y no acaba de maldecir. Pero de pronto se queda quieto, silba a los compañeros, se quita la carga y se hunde en el bosque. Hacemos lo mismo. Acabamos de toparnos con la huella fresca de una danta.

La fatiga se ha quitado. Descendemos, caemos, nos deslizamos, nos volvemos a levantar, sin cuidarnos de espinas ni de serpientes. Ramón, que sigue adelante, nos hace señales con los brazos: el animal allí está. Nos juntamos de nuevo con el compañero. El paquidermo tranquilamente come en la ribera opuesta del riachuelo. El viento está a favor nuestro y el animal no nos ha olfateado. Nos acercamos tanto como posible. Pero ay, al llegar al río rueda una piedra bajo los pies de uno de nosotros, y rebota con ruido hasta el agua espumosa. La danta prevenida ha vuelto la cara y huido con toda presteza de sus patas pesadas. Reanudamos la persecución. Sabemos que el animal no irá muy lejos. No es capaz de caminatas distantes. Ramón, que posee el instinto del bosque, ha adivinado el camino que tomaría el animal y ha desaparecido dando la vuelta. Nosotros seguimos la pista regular. De pronto oímos la escopeta de Ramón. Casi al instante, machacando arbustos y malezas bravías, el animal se abre paso delante de nosotros y, furioso, embiste al grupo. Al mismo tiempo, disparamos. Se ha detenido el animal, ha levantado su trompilla ridícula como un hombre herido alzaría los brazos al cielo. Gira dos veces y cae. Está muerto.

Regresamos con sesenta libras a las espaldas cada uno.

29

Esta noche, en el rancho del padre de Socorro, se festeja a San Pedro. Cuatro hombres han conducido al santo, en jira por la región, deteniéndose una noche en cada rancho. Se recoge una limosna en todas las paradas, y el total de las limosnas se remite al obispo.

En el rancho, se ha levantado un altar. Le sirven de marco palmas gigantes, flores y cintas. Arden las candelas. Todos de rodillas y con la cabeza descubierta. Lorenzo con voz ronca invoca a Dios padre y a sus santos innumerables En coro responden los otros. A veces, empieza un canto que haría rechinar los dientes a un sordo. ¡Con tal que Dios no oiga tal cosa! ¡Tendría derecho a fulminarnos!

Como no sé ni arrodillarse ni orar y como no quiero maltratar a estas gentes de bien, me he pasado en la cocina, donde fumo mi cachimba y me tomo una taza de café. De pronto, Cristina se escurre de la sala común y se viene junto a mí. Me hace la señal de silencio y me coge de la mano. Me dejo llevar. Me saca por detrás y en la oscuridad me conduce a un corredor Creo que tiene intenciones amorosas y la cojo por el talle. Se desprende y me hace comprender que de eso no se trata. Bueno, de aquello es poco lo que comprendo, pero no importa. Sigo. Le hemos dado la vuelta al rancho sin ruido y volvemos a la sala. Al través de la pared de maderos, se ve muy bien el interior iluminado Cristina se agacha y me indica que haga lo mismo. Obedezco. Me dice que vuelva a ver. Veo. Entonces veo de rodillas, juntitos, a Luis Morales y a Socorro. Nada anormal. Ambos cantan mal la misma canción. Pronto me doy cuenta de que, no obstante los ruidosos homenajes al Eterno, Luis oculta la mano debajo de las enaguas de mi mujer y noto, al mismo tiempo, extraños temblores en los cuadriles de Socorro.

Me levanto y me alejo de puntillas. Cristina me aguarda y me examina con curiosidad. Creo que aguarda un pequeño escándalo, lo que rompería de un modo amable la monotonía de la velada. Pero sonrió como quien acaba de saber algo bueno...

Y no sale de la sorpresa sino en el bananal, al contacto de la yerba húmeda bajo su carne desnuda.

30

Trascurren los días y se parecen. La finca prospera, el vientre de Socorro se engruesa y comienza a aperezarme esta tierra en cuyas arrugas nada se me oculta. La montaña me ha estrechado en sus brazos. El bosque me es familiar como el regazo tibio de una esposa. Ninguna sorpresa me espera, ningún descubrimiento profundo. Lo que antes me parecía el medio de libertarme hoy me parece el instrumento de sujeción. El viento estival me trae, como en ramillete, el perfume acre de la costa y el deseo de tierras nuevas.

Poco a poco, cuanto me rodea se ha vuelto extraño. Mañana, me será odioso.

El vagabundo se estira y bosteza en mí bajo el cielo del mediodía.

31

Socorro ha dado a luz una cosita muy fea destinada a hacerse más tarde un hombre. Muchas le han ayudado en el trance. Cuando llegó el momento, a Socorro la han colgado de las manos de una de las vigas del rancho. Dos mujeres le han abierto las piernas al extremo de que yo creía verla dislocarse. Y la madre, del vietre doloroso de la hija ha sacado el hijito.

Mientras tanto, dos mujeres abrían un hoyo en el suelo, debajo de los troncos en que Socorro solía dormir. Como la tierra está húmeda, la han secado con brasas. Entonces, religiosamente, la madre ha recogido la placenta y la ha puesto en el hoyo que con cuidado tapó. Y nada más. Han descolgado a Socorro, cuyo cuerpo se balanceaba sangriento y obsceno, y la han acostado. Mañana, volverá a sus quehaceres sin que lo parezca.

Media noche. Salvo la madre de Socorro que duerme junto a su hija dormida, todos se han ido hace rato. La luna llena baña los campos con claridad inquietante y fría. Los mil rumores nocturnos del bosque se confunden en un rechinar parejo que a veces quiebra el grito de una bestia degollada. He entrado al rancho y examino atentamente a la criaturita que talvez sea hijo mío. De pronto, una fuerza me empuja, oscura y dominante. He cogido mi sombrero, me he puesto el revólver a la cintura, he descolgado el poncho. Sin ruido, he ensillado mi caballo, colgado del perchero mi cobertor, De la cachimba he sacado algunas bocanadas febriles y he atravesado los potreros al galope espontáneo del animal. El sendero es un hilo blancuzco que se hunde en la montaña, y ese hilo ya me ata a lo desconocido. En lo alto de una ladera, me he detenido para acariciar con la mirada la finca adormecida que no veré despertarse más. Cantaba un gallo en un árbol y el ganado volvía hacia mí los hocicos rumiantes.

Hace frío. Adiós, Socorrito, adiós...

(*Far away farm*, Costa Rica).

La muerte del poeta (García Lorca)

(Del librito *Raíces de Esperanza*. Poemas. San José, Costa Rica. 1940).

Luces verdes de la luna
cortada en las bayonetas;
tú, soñando con las voces
de tus aguas con estrellas.

¡Granada,
era una estampa goyesca!

Gritos, tiros y tumultos,
alborada de cornetas;
¡reflorecía la sangre
de Marianita Pineda!

¡Granada,
era una estampa goyesca!

La rabia de los traidores
como loba de la sierra
se comía tu corazón
de luz y de hierbabuena.

¡Granada,
era una estampa goyesca!

¡Las bocas de los fusiles
contra tu cabeza negra!
¡Y la Muerte allá en la luna,
tocando su pandereta!

¡Granada,
era una estampa goyesca!

II

García Lorca, García Lorca,
¡qué fresca tu agua en la alberca,
con luna y con olivares,
con amapolas y estrellas!

Federico,
tu guitarra
vaga, sola, por los trigos:
cinta verde, cinta negra,
entre espantos amarillos.

Cerebro de maravillas
navegado de quimeras:
¡toda la gitanería
de luz y sangre en tus poemas!
¡Casitas de cal y canto,
verdes lunas de las sierras,
torerillos con espadas,
caballeros con espuelas;
silencio de los jardines
y cantos de las veredas!

Federico,
tu guitarra
vaga, sola, por los trigos:
cinta verde, cinta negra,
entre espantos amarillos.

Bajo la sombra rosada
de tu gentil primavera,
los grillos crepusculares
nacían a la luna nueva.
Tu madrugada tenía
chopos y nubes espléndidas
y tu noche de caballos
de azufre, entre las tinieblas,
golpeaba los corazones
con la terrible certeza

Federico,
tu guitarra
abandonada en los trigos:
racimo negro en la parra,
pájaro negro en el higo
y luto de las cigarras...

III

Cuando vuelva el miliciano,
¡ah, Granada redimida!,
te dará por almohada
su bandera enternecida.
Y las niñas andaluzas
con sus pupilas de llanto
tejerán con brisas verdes
el laurel de tu descanso.
Vendrán de Fuente Vaqueros
los niños y los ancianos,
y tendrás sobre tu piedra
los azahares valencianos.
Y te lavarán la sangre
con nieve de Guadarrama,
capitanas españolas,
madres de tu nueva patria.
Cuando vuelva el miliciano,
¡oh, Granada redimida!,
su bandera enternecida
plegará con suave mano
bajo tu hermosa cabeza
de gitano!

CARLOS LUIS SÁENZ

Cabos sueltos



Ido con el viento

Sola sobre una terraza
rompiendo muda tus planas;
si el aire llegó y pasó
con su vuelo de altas parras,
sobrio en macetas escala...
que en un tiritar de rosas,
echaron ricas esencias
que fueron lejos y lejos
sobre el plumón de sus alas...

Fué bajo el cielo desnudo
hecho sangre en cada plana,
que el viento con su presteza
tus residuos remolcaba;
iba limpiando de lejos
con nivel de ala cercana,
los espejos que empañaban
los bostezos de mi cara...

Fingiendo que estabas cerca,
de abanicos me golpeaba...
Cuando sentí que cruzó
arrastrando cuentas de alma,
sembró sus muecas de afán,
entre las ondas sin pampa.

Se fué con tacto de humo
rumbo abajo perseguido...
e ileso quedó el reposo
con su vieja voz vencido.
Del cielo del mar y tierra
respira el viento su entraña,
desviste al soplo, que lava
todo el talón de esa calma.
Y húmedo de un mar de sal
revolcada en la borrasca,
se llega al cristal del agua
para beber de su taza.

Mas cuando yo vi la bala
del viento que resbalaba,
saltó de gozo este recio
corazón que tú buscabas...
Y estirándose con chispa
en mis razones templadas...
Brilló en ceniza encendida,
lo que el viento se llevaba...

Y con sólo herir al viento,
yo palpé la madrugada,
en perlas de alta alborada.
Mas ví lejos por la vía...
del horizonte que alzaba,
su claridad sin nivel
con el limón de tu cara...,
¡que se había sola exprimido
perpetuamente en nirvana!

YSOLA GÓMEZ

Costa Rica, febrero, 1941.

Los testimonios olvidados

Secretaría de Instrucción Pública

Decreto Nº 1

Francisco Aguilar Barquero,
Presidente Provisional de la Rep. de Costa Rica,

Vista la solicitud de los representantes del Colegio de Abogados y Facultades de Medicina, Técnica, Farmacia y Cirugía Dental, con el objeto de que se les done un terreno de propiedad nacional para construir un edificio de capacidad suficiente para alojarlos desde luego y que pueda servir más tarde para la futura Universidad de Costa Rica,

En uso de las facultades extraordinarias de que está investido, y con la mira de contribuir al desarrollo y progreso de la enseñanza superior,

Decreta:

Artículo único.—Destínase a la construcción de un edificio que será dedicado a la enseñanza profesional, de propiedad del Colegio de Abogados y Facultades enumeradas y de las que en el futuro se establezcan en el país, el terreno y construcciones del Estado, que se hallan situados al oeste del Parque Morazán, contiguos a la Biblioteca Nacional. (Lote en la manzana diez y nueve de esta capital, entre la calle quinta y la avenida tercera, que mide cincuenta y dos metros, catorce centímetros de frente, por veintisiete metros, cincuenta y siete centímetros, por un lado, y cuarenta y siete metros, ochenta y ocho centímetros, por otro de fondo, y comprende solar, paredes y construcción y el resto de la finca inscrita en el Registro de la Propiedad, Partido de San José, tomo trescientos ochenta y uno, folio quinientos ochenta y uno, número diez y ocho mil doscientos nueve a diez y siete).

Dado en la ciudad de San José, a los tres días del mes de noviembre de mil novecientos diez y nueve.

Francisco Aguilar Barquero.—El Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Andrés Venegas. El Secretario de Estado ne el Despacho de Gobernación, Carlos M. Jiménez. El Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda, Carlos Brenes. El Secretario de Estado en el Despacho de Fomento, Manuel Echeverría. El Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública, J. García Monge. El Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina, Aquiles Bonilla G.

(En los Anexos de la *Memoria de Instrucción Pública*. Imp. Nacional. San José, Costa Rica. 1920).

Hay que reorganizar el Instituto Físico Geográfio, hoy descuidado Centro de cultura superior instituido por uno de nuestros mayores (*) en esta gloria de servir a la patria, con él quiso aleccionarnos en el respeto a las luces, en el deber que tenemos de cultivar la ciencia como una preocupación civilizada.

La Escuela de Farmacia, por ejemplo, no tiene casa propia y en vano ha sido buscarla. Sin embargo, no hay que olvidar esto, hay que instalar bien los pocos cursos universitarios que aquí tenemos. Hay que organizar la nueva Universidad. Para comenzar, ya se les dio a las Facultades un terreno en qué ubicarla. Es oportuno repetir ahora lo que entonces dije al señor Alvarado Quirós, que tanto se empeñó por conseguirlo: "Ya hemos dado el primer paso y tengo la certeza profunda de que en un día no lejano, declararemos abierta a la curiosidad de nuestros jóvenes la Casa Superior de Enseñanza, que revivirá en Costa Rica los días mediterráneos, clásicos, de la amistad sincera, del diálogo profundo, de la palestra y el juego, de las nobles inquietudes del espíritu.

J. GARCÍA MONGE.

(Fragmento de la *Memoria de Instrucción Pública* del año 1920. Bueno es que se sepa que los pliegos de esta *Memoria* estuvieron rezagados *cuatro años* en la Imp. Nacional. Fue preciso que llegara el segundo Gobierno de don Ricardo Jiménez, para obtener de su Secretario de Gobernación, don Rafael Castro Quesada, que los encuadernaran y entregaran al público. Resta saber si al fin circuló, que lo dudo).

(*) Don Mauro Fernández, de grata y perdurable memoria.

—o—

Los buenos ejemplos

La Cátedra de Conferencias Inglis

Para honrar la memoria de *Alejandro Inglis*, 1879-1924, sus amigos y colegas, entregaron a la Escuela Graduada de Educación, en la Universidad de Harvard (Cambridge, Mass., U. S. A.) un fondo con qué mantener una Cátedra de Conferencias acerca de Educación Secundaria. Al estudio de los problemas que en este terreno se presentan, dedicó su carrera profesional el Prof. Inglis, y dejó a sus compañeros de trabajo, como una preciosa herencia, el ejemplo de su laboriosidad, entereza intelectual, simpatía humana y visión social. Es el propósito de la Cátedra de Conferencias perpetuar el espíritu de sus labores y contribuir a la solución de los problemas en el campo que le interesa. Las conferencias que se hacen en esta fundación, las publica anualmente la Escuela.

(Es la nota preliminar del librito *Work, Wages and Education*, por Aubrey W. Williams. Cambridge. Harvard University Press. 1940). (Van publicadas 14 conferencias).

Documento

Hélo aquí: En el protocolo del año 1817, de San José, a cargo del entonces Alcalde 2º don Hilarión Zeledón, a folio 20, el día 17 de mayo:

"Don Mariano Montealegre, don Manuel García Escalante, don Camilo de Mora—padre de nuestro presidente don Juan Rafael, agrego)—don Félix de Bonilla, don Desiderio Selva, don Miguel Carranza (padre de nuestro presidente don Bruno, agrego)—don Manuel Antonio Aguilar, don Rafael y don Lorenzo Blanco, don Anselmo Aguilar, Nicolás Montero (sin "don"), Francisco Arrieta (ibid.), y el Presbo. don Manuel Alvarado, *se obligan*—subrayo—*a contribuir para el sostenimiento de la Cátedra de Filosofía que se ha de enseñar (como en los tres años anteriores) en la casa de enseñanza pública de Santo Tomás, que a sus expensas han construido y a su ruego se dignó fundar en la Santa visita el Ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis don Fray Nicolás García*".

Por la copia,

ELADIO PRADO

(*Diario de Costa Rica*, 5-III-41).

El decadentismo en Córdoba

(De Rubén Darío: *Escritos inéditos*, recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por *E. K. Mapes*. Instituto de las Españas en los Estados Unidos. Nueva York, 1938).

Sr. doctor Cornelio Moyano Gacitúa, presidente del Ateneo. Estimado amigo mío:

Adiós, adiós, adiós.

Esta epístola tiene por objeto presentarle a usted mi renuncia indeclinable de miembro del Ateneo.

Ya no puedo continuar ayudándole a usted con mi modesta colaboración.

Antes de que me pregunte usted la razón de esta resolución mía, voy a dársela.

Yo no sé quién ni cómo ha resuelto esa velada literaria que se dio anoche en el Club Social a nombre del Ateneo, en honor del señor Rubén Darío; pero sé que ese hecho, y antes que el hecho la sanción, ha rebajado el nivel moral del Ateneo; ha destruido su autoridad en cuestiones literarias, y ha probado que prima allí un criterio irreflexivo; y si eso ha probado en cuanto a la literatura, ha ensayado, en cuanto a la universalidad de ramos científicos que forman las distintas secciones del Ateneo, un desastroso sistema que tiende a impedir los estímulos fundados en la verdad de los méritos que se deben premiar. ¿Necesita esto una prueba? La tiene usted amplia y categórica: Hace un año próximamente me opuse tenazmente a que se nombrase miembros del Ateneo, en Buenos Aires, a tres jóvenes, que aunque tenían méritos para ello, no podían tenerlos para que se hiciese con ellos y sobre tablas una excepción, dejando a un lado, como se dejaba, verdaderas notabilidades científicas y literarias de aquella capital.

No es otra cosa, es la misma tendencia lo que ahora se ha resuelto en una sesión que dicen que hubo, en la única noche lluviosa de este año, sesión en la que yo no estuve presente ni usted tampoco.

Hay personas que pretenden que el Ateneo ha de discernir honores a sus amigos, aunque sean inmerecidos y una sociedad en que priman esos caprichos no tiene la principal base para su existencia, que es un criterio recto y honrado.

¿La prueba? Sí, señor, a prueba y estése:

Mitre, uno de los primeros escritores sudamericanos, el historiador más honrado de estas regiones, escritor verdadero, ¿eh?, estuvo en esta ciudad el año pasado y no le honró el Ateneo.



Güemes, el primer médico sudamericano, con fama europea, ha pasado por aquí temporadas largas, y no le honró el Ateneo.

Pizarro, el labrador de Providencia, vive entre nosotros, y si no es el primer orador parlamentario actual de la República, es uno de los primeros y no le honró el Ateneo.

Puede compararse el honrado de anoche con ninguno de los que he nombrado? Pues aún hay otros que no quiero nombrar.

¿Quiere usted ahora que estudie aisladamente al señor Rubén Darío como literato? Pero, ¿para qué?

¿Qué culpa tiene él de que se den veladas en su honor? En todo caso, lo que habría que estudiar es el entendimiento de los que han tomado la desastrosa resolución que yo combato.

¿Quiere usted conocerlo? Lea los versos en que elogia al señor obispo de Esquiú, publicados en *Los Principios* de hoy, en los que principia llamando *blanco* al horror.

¿Por qué no le comuniqué a usted ésta mi resolución? ¿Por qué no le envié esta renuncia antes de publicarla? Porque usted me hubiera hecho retirarla.

Yo quiero salir del manicomio donde se llama *blanco* al horror, donde, según Quevedo, se llama al arrope, crepúsculo de dulce; donde, según Stéphane Mallarmé, es lo mismo rosa y aurora, que mujer, es decir, que se puede decir hoy abrió una mujer en mi rosal; donde, por último, cada letra tiene un color, según René Ghil.

Ellos dirán que yo soy un loco, bueno: pues yo no quiero estar entre cuerdos como ellos.

Adiós, mi amigo; adiós a todos, siento mucho retirarme de ese centro donde tengo amigos verdaderos; pero ha llegado el momento de "sálvese el que pueda" y yo quiero salvarme, no quiero ser responsable del engaño, de la mistificación de que se ha hecho víctima a esta sociedad, llevándole a aplaudir a los pupilos del Asilo de las Mercedes.

Su amigo.—*A. Rodríguez del Busto.* Sl. C. Viernes 16 de octubre de 1896.

—o—

He aquí los versos que han originado lo anterior:

EN ELOGIO DEL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE CORDOBA FRAY MAMERTO ESQUIU, O. M.

Un báculo que era como un tallo de lirios,
una vida de cilicios de adorables martirios,
un blanco horror de Belzebú,

un salterio celeste, de vírgenes y santos,
un cáliz de virtudes y una copa de cantos:
Tal era fray Mamerto Esquiú!

Con su mano sagrada fué a recoger estrellas.
Antes cansó su planta, dejando augustas huellas,
feliz Pastor de su país;

ahora corta del Padre las sacras azucenas;
sobre esta tierra amarga cogía a manos llenas
las florecillas del de Asís.



Fray Mamerto Esquiú

¡Oh luminosas pascuas! ¡Oh santa Epifanía!
¡Salvete flores martyrum! canta el clarín del [día
con voz de bronce y de cristal:

Sobre la tierra grata brota el agua divina;
la rosa de la gracia su púrpura culmina
sobre el cayado pastoral.

Crisóstomo le anima, Gerónimo le doma;
su espritu era un águila con ojos de paloma;
su verbo es una flor.

Y aquel maravillos poeta, San Francisco,
las voces enseñóle con que encantó a su aprisco
en las praderas del Señor.

Tal cual la Biblia dice, con címbalo sonoro
a Dios daba sus loas. Formó su santo coro
de Fe, Esperanza y Caridad;

trompetas argentinas dicen sus ideales,
y su órgano vibrante tenía dos pedales,
y eran el Bien y la Verdad.

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora;
trompetas argentinas de heraldos de la aurora
que anuncia el día del altar;

cuando la hostia, esa virgen, y ese mártir, el [cirio,
ante su imagen digan el místico martirio
en que el Cordero ha de balar!

Llegaron a su mente hierosolimitana
la criselefantina Divinidad humana,
las dulces musas de Helicón;

y él se ajustó a los números severos y [apostólicos
y en su sermón se escuchan los sones melancó- [licos
de los salterios de Sión.

Yo, que la verleniana zampoña toco a veces,
bajo los verdes mirtos o bajo los cipreses,
canto hoy tan sacra luz;

en el marmóreo plinto cincelo mi epigrama,
y bajo el ala inmensa de la divina Fama
¡grabo una rosa y una cruz!

RUBÉN DARÍO

(*El Tiempo*, Buenos Aires, 19 de octubre de 1896).

Prólogo del libro

"Españoles de tres mundos"

(Lo edita LOSADA, S. A., Buenos Aires)

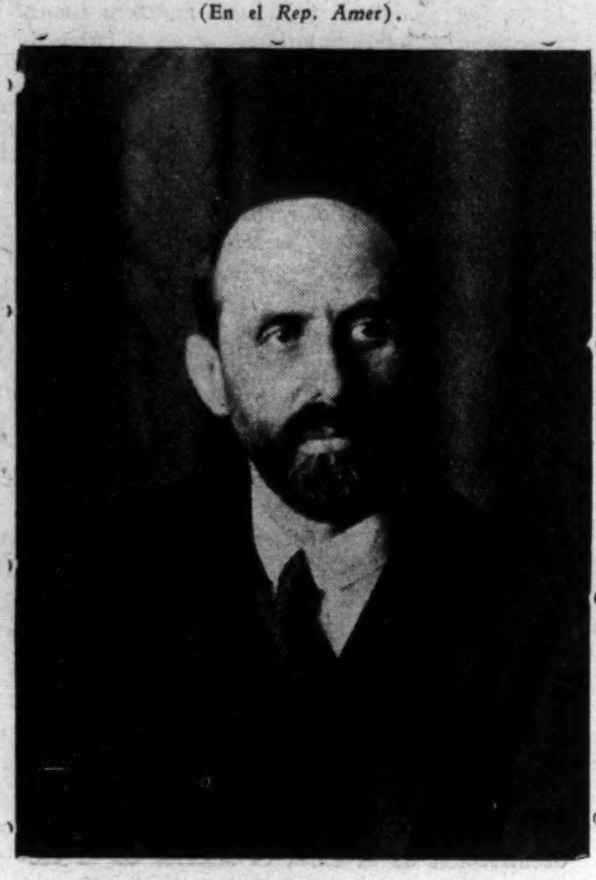
(En el *Rep. Amer*).

Este librillo de españoles de tres mundos (España, América, la Muerte) es, en su visión y creación completa, panorama de mi época, un libro suficiente. Aquí van 61 caricaturas. El libro entero consta de unas 150 y está dividido en cinco partes: "Muertos trasparentes", "Rudos y Entrefinos del 98 y demás", "Internacionales y Solitarios", "Entes de antro y dianche" y "Estetas de limbo"; empieza con Mariano José de Larra, un universal suicida madrileño, y acaba con un andaluz solitario que anhela ser universal; su título jeneral fué primero "Retratos y caricaturas de Españoles variados", luego "Héroes españoles variados", después "Españoles". Al principio pensé separar las siluetas en retratos y caricaturas, retratos de los entes más "formales" y caricaturas de los más "pintorescos"; pero pronto comprendí que la división era innecesaria y que todos los retratos podían ser caricaturas. El título actual puede parecer demasiado para una colección tan breve; ya digo que esta es fatalmente fragmentaria; y espero que el destino me deje colmarla un día.

Lo que ahora falta, está en España: parte en habitación sellada de nuestro piso de Madrid, y otra, no sé cuánta ni cuál, en poder de algunos amigos y conocidos que se la llevaron, con engaño de una mujer decente, y con diversa intención, sin duda. Debo decir que uno de los amigos ha devuelto lo que tenía consigo, y que creo que los enemigos ocasionales reaccionarán algún día como deben, y harán lo mismo, ya que nada tienen que vengar en mí, ni yo en ellos, y que pasará de moda la moral acomodaticia refleja que hoy exalta a algunos. Añado que el allanamiento del piso no fué ordenado por ningún organismo oficial sino por particulares, escritores que están en España y fuera. A los empleados oficiales que mediaron en este incomprensible asunto, y cuyos nombres guardo con respeto y cariño en mi conciencia, sólo debo agradecimiento.

Entre las caricaturas que me faltan, recuerdo bien algunas ("Fígaro", Federico de Castro, Espronceda, Díaz Mirón, Albéniz, Cajal, Picasso, Teresa de la Cruz, Pablo Casals, José de Caso, Maragall, Pedro Henríquez Ureña, Valle-Inclán, etc.) que quisiera tener a mano. No puedo ni quiero rehacerlas. También me gustaría disponer de las réplicas, con diferente visión, de otras (Unamuno, Rubén Darío, Falla, José Ortega y Gasset, Moreno Villa, Pedro Salinas, etc.) Hay además entre mis papeles, notas para muchas siluetas de jóvenes. En la serie que doy se ve mi interés constante por mis contemporáneos, los jóvenes sobre todo. Mi repetida norma, perdón por la citita, es "exaltar a los jóvenes, exijir y castigar a los maduros, tolerar a los viejos". Jorge Guillén ¡oh, dioses, bah! me reprochó en una torpe epístola subterránea este interés mío por la juventud. Creía que eran sobrados el interés y las copias escritas, pero ¿no tiene él una de las mejores? Quedan también para cuando pueda ser, algunas fantasías de entes imajinarios españoles, tipos sintéticos de astrónomo, químico, filólogo, ingeniero, etc., de las que no tengo ahora ninguna. De los americanos he escrito aquí en América varias, y me propongo escribir otras cuando vaya conociendo personalmente al sujeto y cuando se me ocurra escribirlas.

Las caricaturas están tratadas de diverso modo, sencillo, barroco, realista, alto, oblícuo, ladeado, caído, según el modelo. Siempre he creído en la diversidad de la prosa como en la del verso. Pienso que en la caricatura (lo pensó Quevedo) es donde entra mejor el barroquismo, y soy barroco en muchas de ellas, repito, pero con el complemento constante del derecho lírico; la "caricatura lírica" fué mi ilusión al intentar, entre otros ("Entes y sombras de mi infancia", "Hombro compasivo", "Cuentos largos", etc.) este libro. He agrupado en él caprichosamente a todos mis españoles, en una plaza de mi imajinación, un salón de mi recuerdo; así los que no han de ser "inmortales" por sí mismos, los salvo humanamente, como en los salones y plazas de la vida, con el roce, el ladeo del permanente verdadero y seguro. De los vivos sólo he copiado los que conozco de trato o vista; de los muertos, los que creo que conozco de vista o trato, en el pensamiento o el sueño, como vivos. El caricaturizado que no corresponde en valor humano ni divino a la calidad general, me ha sido útil al menos, y le quedo agradecido, para dar empleo a una forma mía de escritura que yo necesito usar, estilizando así mi humor y acaso el suyo. A cada uno he procurado caracterizarlo según su carácter. Las fechas puestas debajo de los nombres, indican: en los modelos que no he conocido en persona, los muertos trasparentes, la de su muerte o su aparición, porque ellas han sido comienzo de la trasparencia; en los que conocí o conozco, la de mi visión unas veces, otras la de mi escritura. En las fechas de los muertos puede haber error, ya que no tengo aquí documentos de comprueba y me he fiado de mi memoria. Que me rectifique, se lo ruego, el documentado. He reunido estas caricaturas, de copias diversas que conservaban algunos amigos míos; no he podido comparar ninguna de ellas con mis orijinales; es posible, por lo tanto, que haya variantes, ya que yo varío siempre mi letra cuando publico de nuevo cualquier pájina mía. Y sin duda existía la "errata posible" en algunas que he copiado de periódicos, y he tenido que subsanarla en el aire. (Las siluetas de Pedro Salinas y José Bergamín fueron escritas como prologuillos espontáneos a sus primeros libros "Presagios" y "El Cohete y la Estrella", y se ve claro que están proyectadas hacia el futuro, ya lo dijo Jean Cassou. Es curioso que Salinas, después de su desviación eiffelista, haya querido volver a su camino mejor iniciado en el noble "Presagios". En cuanto a la silueta de Bergamin, sigue siendo lo que fué del precioso librito para el que se hizo. Si Bergamin no hubiera escrito nunca más largo...)



Juan Ramón Jiménez

(1935)

A muchas caricaturas la realidad venida les ha dado una verdad o una mentira que me han sorprendido de varias maneras. No son muchos los modelos que han seguido fieles a su trasunto mío. O el retrato no fué verdadero o ellos eran mentirosos (el lector suficiente verá). He dudado si debía dar en esta breve colección todas las caricaturas que van. Las ciocunstancias han cambiado de tal modo en estos últimos tiempos de España, sobre todo desde 1936, personas y cosas son tan diferentes o lo parecen, que para estar medio de acuerdo con mi 'yo constante tendría que volver a escribir casi todo este libro... y otros. Pero si consideramos las cosas y las personas desde este punto de vista, el día de nuestra muerte no dejaríamos nada de nuestra obra, yo de la mía al menos. Si hemos tenido una determinada estimación por una persona que luego la ha remerecido o desmerecido, el retrato, la caricatura no deben desaparecer ni ser menguados ni aumentados por la pasión afirmativa o negativa. En todo caso, se hace otro retrato, yo los he hecho. Y si se corrige algo en el hecho ya, debe ser de lo que no esté en relación con ese cambio sino con la forma accesoria estética; un toque que, sin alterar la fisonomía del ente en lo que pueda relacionarlo con nosotros, conmigo, mejore la calidad de perfección o escritura; la corrección de estilo, como la de un poema u otro escrito cualquiera, no la he evitado. Quien debe desaparecer en el peor caso, y de nosotros en particular, es la persona misma. La venganсilla del retrato corregido me parece grotesca o infantil. No se puede corregir un retrato menos una caricatura, menos una caricatura lírica, con arreglo a la conducta sucesiva con uno del caricaturizado, quien es en sí mismo una figura, una presencia. No se trata aquí de la invención poética que crea un ser a gusto y deseo nuestro, sino de la imitación literaria (prosa, literatura) de un ser distinto, que no es, ni podemos ni queremos hacerlo nuestro.

JUAN RAMÓN JIMENEZ

Coral Gables, La Florida, Oct., 1940.

Tres notas

(Envío de P. H. U. La Habana, 5-II-41. En el *Rep. Amer.*)

Anatole France tenía fama de distraído y de olvidadizo. Su capacidad de olvido llegó a tener forma de vicio. Hace poco, en una charla pública en Cambridge, André Maurois contaba que, hallándose de servicio durante la guerra de 1914, había publicado su primera novela y se la había enviado al patriarca literario; en respuesta recibió una carta muy amable de France, que lo inivitaba a visitarlo en París cuando obtuviese licencia para ausentarse del frente. Cuando Maurois obtuvo la licencia, fué a visitar al maestro y descubrió que ya había olvidado el libro y la carta. La conversación fué muy poco animada. Oyendo Anatole France que

Maurois prestaba servicios adscrito a un regimiento británico, le pidió que le ayudara a recordar en qué colonia de Africa se encontraba un inglés amigo suyo. Maurois enumeró, sin éxito, las colonias inglesas de Africa; pensó que el autor de *Thais* no podría haberse olvidado del Egipto, que además no es propiamente colonia inglesa, pero al fin se atrevió a aventurar:

—¿No será en Egipto?

—¡Ah! Eso es: en Egipto—contestó el patriarca.

-Hace unos treinta años, Anatole France fué a Buenos Aires a dar un curso de conferencias sobre Rabelais. En aquella época, disfrutaba de ilimitada admiración entre los argentinos, y uno de los más ricos, el señor Llavallol, le cedió su palacio para que lo habitara. Durante semanas, Anatole France vivió allí espléndidamente. Llavallol se había retirado a vivir en otra parte, y lo visitaba de cuando en cuando.

Posteriormente, Llavallol fué a Europa. Al llegar a París, acudió a casa de Anatole France y le envió su tarjeta. El novelista, según parece, no reconoció el nombre, y no recibió a su generoso hospedador de Buenos Aires. Llavallol contaba que sólo una vez logró ver a Anatole France en Europa: se encontró con él en el pasillo de un vagón de ferrocarril. En el momento en que estuvieron frente a frente, el tren hizo un movimiento brusco y los dos hombres tropezaron. La cadena del reloj de Llavallol se enganchó en uno de los botones del chaleco de France, y el reloj saltó y quedó colgante. Anatole France desenganchó cuidadosamente la cadena y devolvió a Llavallol sus prendas, diciéndole:

—Le aseguro, señor, que no tengo la costumbre de hacer estas cosas.

Pero no lo reconoció.

Años después de la caída de Porfirio Díaz, un caballero español que había sido cónsul honorario de México en una ciudad oriental de Cuba fué a visitar al anciano guerrero liberal y antiguo dictador autoritario, y en el curso de la visita le dijo:

—El pueblo mexicano ha sido ingrato con usted.

Porfirio Díaz le rectificó:

—El pueblo mexicano no es ingrato.

Entonces el español rectificó a su vez:

—Por lo menos, el pueblo mexicano se ha equivocado.

Y don Porfirio:

—El pueblo mexicano no se equivoca.

Hace dos o tres años, el poeta argentino Fernández Moreno sufrió la pérdida de Ariel, su hijo adolescente. La desgracia lo afectó tanto, que le impidió trabajar durante muchos meses. El Ministerio de Instrucción Pública nunca le suspendió sus sueldos de profesor. Y el jurado de los premios nacionales le acordó el de Literatura, que el poeta llevaba merecido desde mucho tiempo antes. Con el premio nacional, la esposa del poeta decidió comprar una casa. Cuando quiso pagar la comisión usual sobre la compra, el intermediario le dijo: "A Fernández Moreno yo no le cobro nada". Y cuando quiso pagar la cuenta de trescientos pesos argentinos que importaba la limpieza y desinfección de la casa, el director de la empresa le preguntó: "¿Qué Fernández Moreno es éste? ¿El poeta?" Al responder que sí la dama, el hombre de negocios le dijo: "Para Fernández Moreno, nuestro trabajo es gratuito".

E. P. GARDUÑO

Ante los tabús

Por VÍCTOR LORZ

(En el *Rep. Amer.* San José, Costa Rica, febrero del 41).

"Os bendecimos a todos los que servís a nuestra (*¡nuestra!*) amada patria con fidelidad y amor. (*Pío XII*, 30 de octubre).

Un arzobispo guerrero mussoliniano excita a los fascistas a luchar por el Eje, *símbolo del bien del mundo*, y cuya victoria (asegura el fraile) es segura. (15 de enero de 1941).

"Todos preguntan por qué no vamos a tirar bombas al Vaticano".—(*Churchill*, hijo, en los Comunes, 26 de noviembre de 1940).

Las primeras palabras las decía el papa a doscientos oficiales fascistas en vísperas de ir a robar y asesinar a Grecia. El papa los bendecía para esta hermosa obra cristiana de saqueo y de muerte de la pequeña nación que, ningún mal les había hecho ni a Mussolini ni al obispo de Roma. Pero nótese, cómo la pequeña Grecia, a pesar de estar sin bendecir, derrota ignominiosamente a la Italia imperial y bendita. ¿Será que el agua lustral, que está cocinada con sal y latines, sala a quien moja? Mucha agua bendita ha caído sobre España y muchas desdichas. Muy poca sobre Inglaterra y Estados Unidos, pero muchas dichas. Los respectivos destinos, ¿tendrán algo que ver con el agua de las cocinas papales?

—o—

Malos vientos soplan para los dioses y para los papas. Para éstos, porque cada día se hunden más en el fascismo nacionalista, haciendo dudar a los que aún tienen telarañas en los ojos, de si realmente representan el principio *ético* y *ecuménico* que se les atribuye. Ni el uno ni el otro representan. El *moral*, porque siguen haciéndoles la barba a los piratas internacionales. Y el *ecuménico*, porque son papas de Italia, ante todo; y papas del mundo por añadidura. Papas nacionalistas, con pasiones nacionalistas, inconcebibles en una especie de ser metafísico que debe estar *más allá de la voluntad y de las patrias*. Por gentes del norte tengo noticias de que, cada día, aparecen en los Estados Unidos artículos numerosos y violentos contra la institución papal. Lo que es tanto más notable, cuanto que la Unión, por ser de factura capitalista, siempre ha tenido respeto por cuanto signifique un principio conservador. Mucho ha tardado en reaccionar contra Roma el mundo sajón. Cuando los republicanos españoles dábamos gritos para execrar la conducta del papa contra España, y para hacer conocer al mundo el verdadero sentido de la lucha sublime de nuestro pueblo, gritábamos en el desierto de los sordos y de los tontos. Hoy, ante los aldabonazos de los bárbaros a todas las puertas, ya no hay tontos ni sordos. Y hasta creyentes, a quienes no era difícil admitir concubinatos entre el casuismo y la conciencia, perciben hoy el hedor que se desprende de la madriguera romana.

También soplan vientos de Fronda para los dioses. Los dioses se van a ojos vistas. Con la mente puesta en los sucesos del último lustro, del que es digno remate el año 1940 de nuestra *era de gracia* (o de desgracia), empiezan a caer las escamas de los ojos. Todo hombre creyente (si es honrado) se hace hoy inexorablemente estas preguntas: "¿Y qué hace Dios a todo esto? ¿Por qué no pone un poco de cordura en este planeta atormentado que sacó de la nada? ¿Es que no sabe? ¿Es que no puede? ¿Es que no quiere? ¿Le faltará tiempo para acariciarse la hermosa barba? ¿O será que también es fascista?"

Cuenta Curros Enríquez, escritor gallego, que aburrido un día Dios en su cielo, abrió bajo sus pies un agujero para distraerse mirando la tierra. Después de mirar un rato, tapó el agujero y se dijo: "Si esto es el mundo que yo he creado, que el diablo me lleve". Si es cierto que Dios ha creado el mundo, hay que convenir en que lo ha abandonado. El hombre, por su parte, empieza a no usar de Dios, y así se saca el clavo.

Las respuestas a aquellas preguntas tienen que ser dolorosas para los que todavía creen. Porque, por grande que sea su respeto a los tabús, ellos se las responden. Y aunque sólo sea para sus adentros, esto basta para los efectos del gran proceso de transformación que se está operando en la conciencia del mundo. La *fe del carbonero* antes tan robusta, se está volviendo gelatinosa. Sabemos de personas creyentes, que, sintiendo vacilar su fe en estas horas duras, han ido a Delfos a interrogar a la Pitonisa el *porqué* de lo que pasa. Pero el oráculo sólo tiene una respuesta: "El divino Zeus sabe lo que hace". Con ella deja callados a los clientes del templo. Pero a sus enemigos nos irrita. Porque, desde que se inventó el casuismo, y por mucho que los casuistas se rasquen la cabeza, la respuesta sirve para todas las situaciones, lo que demuestra que no hay razón decente para ninguna. El mismo creyente aparenta tragársela, pero no puede. En el terreno de la razón esto se llamaría *convencimiento*. Pero el Edipo religioso sigue haciendo viajes a Delfos a formular idénticas preguntas. Lo que prueba, que no está convencido. Es una claridad de mediodía, que, en un mundo con *Gobierno-Providencia*, con un Ser que lo prevé todo, que lo sabe y lo puede todo, sería imposible el desorden. La misma insubordinación contra la voluntad divina, todopoderosa, sería imposible. Y no se alegue la libertad humana, pues en el campo de la ortodoxia, la libertad es un mito. Una de dos: o dependemos en parte de Dios, o dependemos en todo. Si lo primero, sólo somos libres parcialmente; si lo segundo, no lo somos en nada. En último caso, los males provenientes de la libertad no serían tales, a menos de concluir que Dios por ser el padre de la libertad, es autor de ellos. Lo que sería absurdo.

—o—

La casuística es una ciencia sutil que consiste en hallar buenas razones para todo. Viene a ser el *ersatz*, el equivalente y sustituto exacto de la escuela sofista que advino en Grecia a la decadencia de la filosofía platónica y aristotélica. Es hija legítima de la biblia. De ésta decía el célebre cardenal Nicolás de Cusa, este dístico que tomaba del teólogo Werenfels:

Hic liber est, in quo, qui quaerit dógmata papae,
invenit, et páriter dógmata quisque súa.

Como quien dice: aquí hay de todo como en botica. Pero este modo de hacer dialéctica subleva a los incrédulos. No se es incrédulo por capricho, sino porque se es ilustrado. Y aquí conviene hacer una advertencia, *hic et nunc* muy importante. No es que se deje de practicar la religión por falta de cultura religiosa, sino por sobra. Pretender hacer hombres religiosos, enseñando una cartilla confesional determinada, es una quimera. Sería preferible enseñar a morder la *manzana prohibida*, que es la ciencia, para perderles el miedo a los tabús. Y hoy, para desdicha de Zeus, se muerde mucha manzana. Lo siento por Zeus, y me alegro por el *anthropos*. Lo que aquel

pierde, éste lo gana. Las diferencias se nivelan. Y la terrible montaña que es la divinidad se esfuma en las lejanías, hasta convertirse en lo que es: un parto del hombre. Del terror del hombre. Como dijo Lucrecio:

Primus in orbe deos, fecit timor.

Lo creo. Tanto por el pobre ser que apareció tembloroso en la caverna primitiva hace quinientos mil años, como por el que hoy se pudre de molicie e ignorancia en un palacio.

—o—

Para el que se encare con la realidad del mundo con mirada limpia, todo acontece por las vías de una lógica fatal y determinista de las leyes naturales y se explica por ellas. No hay proceso histórico que no tenga su cuna y su sepulcro entre los dos meridianos. Entre ello habremos de buscar la explicación, a menos que desplacemos nuestro eje de rotación y lo pongamos en la luna, el planeta de los tontos. El desorden, la injusticia y la maldad permanentes, son incompatibles con la noción de una providencia suprema, sin cuyo *visto bueno,* no se mueve (dicen) ni la hoja de un árbol. Ante los gigantescos crímenes internacionales del último quinquenio negro, toda alma honrada se subleva contra la herencia recibida. Hay demasiada conciencia pública y demasiada honradez mental para tragar con la *fe del carbonero* la teoría de la volubilidad divina que quiere y no quiere; que quiere y que no sabe; o que sabe, pero que no puede ni quiere. En ética como en psicología, este lenguaje es absurdo. Para galimatías, bastan los que nos legó la teología antigua. He aquí uno, clásico, de Tertuliano: "El hijo de Dios ha muerto: esto es *creíble* porque es *absurdo.* Después de morir ha resucitado: esto es *cierto* porque es imposible". Sobre esta dialéctica de brujas se ha montado una barbacoa religiosa colosal que todavía perdura. Tan cierto es que somos un rebaño de borregos de Panurgo, que van todos por donde va uno. Federico II decía: "Hacen falta pastores". Y un escritor comentando la frase dice: "¿Faltaban pastores, o sobraban borregos?" Hoy nos gustaría que algún rey o presidente filósofo exclamara: "Sobran pastores". Envidio al escritor del futuro que, al comentar la frase pudiera escribir: "Es que se han acabado los borregos".

—o—

A favor de la casuística, todos los malvados de la historia hallan un derecho de asilo en la teología: Constantino, Teodosio, Hildebrando, Inocencio III, Simón de Montfort, Bonifacio VIII, Torquemada, Felipe II, Carlos IX, Fernando VII, Mussolini, Hitler, Franco, y los últimos papas. No hay crimen que no quepa holgadamente en la magna ancha de un casuista fino. Con el auxilio de la interpretación o exégesis alegórica, que permite ver lo que se quiera, se puede obtener todo. Hasta con la sangre de un inocente se puede teñir a un niño español, de un color *rojo,* que hemos convenido en que sea el color de los malvados. Durante la guerra de invasión de España, hipócritamente llamada *guerra civil,* hemos visto a la barbarie totalitaria aspirando al título de *cruzada por la civilización,* ante el conjuro del agua bendita. Pero, en cuanto a aquellos que, antes que hombres católicos prefieren ser hombres honrados, el momento que vivimos puede ser decisivo para la causa de la religión. Para cuando la guerra acabe, vamos a presenciar gigantescos desplazamientos de la fe tradicional.

Vana la ilusión de los dictadores que se sirven de la religión para sus fines terrestres! Vana la ilusión de los papas que, uncidos al carro de las dictaduras y haciéndoles la barba a sus crímenes, sueñan con restablecer la fe perdida, o mejor, el dominio del mundo, so pretexto de religión! Religionerías políticas sin esencia religiosa y dictaduras, para bien de la humanidad todas han de caer juntas.

—o—

Por lo que toca al pueblo español, éste se ha vuelto incrédulo por culpa de sus rabadanes. La iglesia no tiene que echarle la culpa a nadie, excepto a sí misma, por esta apostasía feliz. He aquí algunas razones. Primera: porque haciendo mangas de la doctrina de su maestro, abandonó la causa del pueblo humilde para marchar a la conquista del placer, del brazo de los dioses terrestres, convirtiendo así a la religión en celestina de la injusticia. No recuerdo quién ha dicho, que, es más fácil entenderse sobre doctrina cristiana con un comunista, que con un sacerdote.

Segunda: por haber demostrado que *su reino era de este mundo.* El pobre Juan Español había creído ingenuamente durante siglos que el reino de la iglesia era metafísico. Pero, mientras él miraba al cielo, la iglesia le escamoteaba bonitamente la tierra. Y a favor de este cambiazo, era él quien vivía en un mundo metafísico nutriéndose de fe y unas hojas de lechuga, mientras su ninfa Egeria consumía sustancia gorda en el mejor de los mundos físicos. Hasta que, al darse cuenta del engaño, ha recabado para sí el reino físico, dejando para sus estafadores el metafísico.

Tercera: por haber demostrado con su crueldad, su sed de sangre, sus inquisidores, sus *Hermandades de la Fe y del Puñal,* sus curas trabucaires y sus frailes con pistola, con su soberbia, su avaricia y su lujuria, la bancarrota de su doctrina.

Cuarta: por haber demostrado con todo lo que precede, que ella misma no tiene fe. Esta adivinación, este hallazgo hecho por el agudo sentido crítico y filósofo del pueblo español, es lo que ha empujado a éste a dejar el sotavento pasivo para coger el barlovento de sus destinos. La certeza de esto, en un hombre de la mentalidad de Manuel Azaña, es lo que hizo decir a éste en la memorable sesión de las Cortes Constituyentes aquella frase que nos hizo estremecer: "Señores diputados, España ha dejado de ser católica". Es inútil que se pretenda hacer creer lo contrario con apariencias engañosas. Porque, un estado de conciencia, por ejemplo, la proclamación de una fe en algo, no basta para ser religioso, mientras el espíritu fundamental no sea la sangre viva del alma.

El mundo interior del catolicismo romano, es un *spoliarum,* un reino devastado, un planeta muerto. El mismo cardenal Gomá, recién bajado a los infiernos, se dio cuenta, antes de bajar, de que la famosa *cruzada de la fe,* no había servido para nada. ¿Por qué? Porque después de esta colosal purificación, *sólo la quinta parte de los españoles* (y de las españolas) *va a misa y recibe* eso que llaman *sacramentos.* Resultando de todo, que la sangre de tanto hereje ha sido semilla de herejes, a la manera que la sangre de los antiguos mártires fue semilla de cristianos. Siempre resultará, que no hay tarea más estúpida que la de perseguir las ideas. El que haga mártires en la causa contraria, tiene perdida la suya.

Si hay realmente una causa de Dios y otra causa del Diablo, hay que respetar a éste. El señor Diablo es muy poderoso, como lo tiene bien demostrado.

—o—

Como la sangre de los mártires fue semilla de cristianos, según Tertuliano, la sangre de los republicanos españoles ha sido semilla de herejes. Alguien ha dicho que los republicanos y los *rojos,* asesinados por Falange, no han sido enterrados, sino sembrados. Pronto lo hemos de ver, porque al triángulo de la barbarie Madrid-Roma-Berlín le está fallando una base. Según la pastoral del traidor clérigo Gomá, el tiro les salió por la culata al clérigo y a la fe. ¡Me alegro! Me imagino que, al entrar en los infiernos, el clérigo fue felicitado por el Diablo por la feliz equivocación.

También me figuro el chasco del cardenal al encontrarse a la izquierda del Diablo, en vez de a la derecha del Padre. ¡Hay cosas que tienen la gracia de Dios juntamente con la del Diablo! Ignoro si el papa escapará a la misma suerte, a pesar de estar curándose en salud con refugios antiaéreos para cuando lo visiten las bombas inglesas, que no están benditas.

De lo que sí estoy seguro, es, de que están cayendo las escamas de muchos ojos. Sí. Cada día se mira menos al papa con cristal de aumento, o con las gafas verdes del doctor Panglós, o como a un ser superior caído de las nubes con unos misteriosos papeles bajo el brazo. La aureola mítica formada a su alrededor desde el año 313, y aún mejor, desde la promulgación del *Código Teodosio,* se va difuminando para dejar ver lo que es: un pobre ser, inferior en lo intelectual y hasta en lo ético al término medio de los hombres. Por esto, y por mucho que se empeñe el Vaticano en adular a los dictadores (hijos de su doctrina) bendiciendo grupos de oficiales fascistas, o *aviadores nazis uniformados,* es decir, listos para marchar a la destrucción de los *Diez Mandamientos* del dios del papa, ni Europa ni el mundo volverán a ser la fácil sartén que la iglesia cogió tantos siglos por el mango.

Ya sé que, es más difícil destruir errores religiosos, que errores científicos, históricos o morales. Hay muchas razones, que, quizá estudiaré algún día. Pero no cerraré mi artículo sin apuntar una, quizá la primera de todas: *los intereses creados.* Alrededor de las religiones se ha montado un mundo de intereses, de los que viven millones de seres. Grandes industrias y un gran comercio viven florecientes de la explotación del error religioso. Sin invocar otras razones, esto explicaría la existencia, al parecer brillante, de tantos sistemas en los que, por otra parte, ya nadie cree. Pero, es forzoso aparentarlo, ya que a esta simulación va vinculada una existencia cómoda. Y esto, es muy importante. Si se me fuerza, diré que es hasta humano. Desde que ninguna Providencia vela por nuestra vida, y ésta es cada vez más trágica, el hombre, por un instinto que ninguna religión ha podido nunca vencer, tiende a alejar de sí esta maldición del trabajo que pesa sobre él desde la cuna hasta el sepulcro. Es una hipocresía cómica escandalizarse ante afirmaciones de esta clase. Pero, todos nos conocemos demasiado por dentro para eximirnos de rasgar nuestras vestiduras entre piruetas cómicas. Es mejor callar. Y voy a insistir un poco, porque esto es de la mayor importancia.

El hombre, por su naturaleza, y por un instinto profundo que ninguna fuerza de civilización, de patria, de religión o de política es capaz de sofocar, será siempre un producto de fuerzas internas unidas a otras externas, pero que dejarán siempre invariable, como una *constante humana,* la aspiración fundamental. ¿Cuál? Vivir la vida lo mejor que se pueda; vivirla fácilmente a como haya lugar. Pasando, si es preciso, por encima de imperativos categóricos y de dioses. Y si se quiere, concedo que ni a la religión ni a la patria, ni a los hombres ni a los dioses hay que hacerlos responsables de unas situaciones que él sufre y que están *fuera* y *más allá* de los unos y de los otros. Lo cual quiere decir que, el hombre actual, a pesar de una mano de pintura de cristianismo, es lo que ha sido y lo que será siempre: *un pagano.* Porque *obedece a los instintos,* a pesar de las ilusiones religiosas que se forje en contra. Nunca se repetirá bastante que, la sanrge es más fuerte que la razón. Es por esto que, el paganismo es y será más racional que el cristianismo. Es inútil tratar de desvirtuar este aforismo de un filósofo: "El hombre no vale ni vive sino por y para el paganismo". La historia entera del hombre con sus instintos al desnudo y al vivo, me relevan de pruebas. Y si hay alguna cosa cierta es, que el célebre dicho de Tertuliano, *el alma es naturalmente cristiana,* hay que cambiarlo por este otro, que es cierto: el alma humana es, por naturaleza, pagana. Lo cual no debe avergonzarnos, porque el paganismo está más cerca de la naturaleza, es decir, de la verdad, que ninguna religión positiva. Y basta por hoy.

Sin pensar

(*De Raíces de Esperanza*)

Ara el labrador la tierra
y no piensa, y los señores
convierten en oro y guerra
el grano de sus sudores.

Cava el minero la mina
y no piensa, y el carbón
es fusil que lo asesina
en manos de su patrón.

Sale al mar el marinero
y no piensa, y en el mar
la moneda del banquero
le abre la tumba sin par.

Va el aviador en su avión
sin pensar; el general
contempla la destrucción
que hace la bomba infernal.

Prepara el químico esencias
sin pensar; su hijo, el soldado,
tendrá en virtud de su ciencia,
el pulmón despedazado.

Da clases el profesor
y no piensa; y el tirano
ya le prepara al doctor
la patada del villano.

Y el poeta escribe al soñar
sin pensar, y en la hoguera
le da el cerril militar
la purga de su obra entera.

CARLOS LUIS SÁENZ

Noticia de libros

(*Indice y registro de los que nos envían los autores, centros de cultura y casas editoras*).

Señalamos esta nueva casa editora:

COMPAÑIA GENERAL EDITORA, S. A. (Apartado 8626. México, D. F. México)

Nos ha remitido las últimas de sus ediciones, ciertamente de lo mejor:

En la *Colección Mirasol*:

Laura, por el Conde Alfred de Vigny. Prólogo de J. M. Miguel y Vergés. Traducción de Adelaida Muster.

La monja de la llave, por Ricardo Palma. Prólogo de P. Matalonga.

(Son dieciseis "historias de amor", extraídas de las *Tradiciones Peruanas*).

En la Monografías Médicas *Balmis*:

Profilaxis específica del tifo exantemático, por el Dr. M. Ruiz Castañeda. Depto. de Investigaciones Médicas del Hospital General, México, D. F.

La insuficiencia cardiaca, por el Dr. Cristián Cortés Lladó, antiguo Jefe del Servicio de Cardiología del Cataluña. De la Facultad de Medicina de Barcelona.

(Ambos colecciones, muy bien presentadas).

Director-Gerente de la *Compañía General Editora, S. A.*:

Miguel Ferrer (Palma Norte 335 401-402, México, D. F. México).

*

Otra Casa editora que señalamos:

Editorial KAPELUSZ y Cía. (Moreno 372. Buenos Aires. Rep. Argentina)

Acaba de remitirnos:

Atlas Reclus. Europa y Oceanía. Físico-Político-Económico). Para Segundo Año.

Un vol. pasta, excelente presentación.

*

(Pasa a la pág. 78)

Fisga criolla

(Ficción)

(En el *Rep. Amer.* Costa Rica, enero del 41).

A don *Joaquín García Monge.*

En la casa de ahí enfrente había enferma de gravedad. Por algo regaron serrín mojado a lo largo del zaguán de entrada.

Todas las niñas del barrio de la "Aristocracia Tiesa" se dieron cita en el aposento contiguo al de la enferma para acompañar y velar—si era necesario—con las muchachas de la casa. Ahí estaban arrebujadas en sus sobretodos, unas sentadas en las camas y otras en sillas, no muy católicas por cierto. Tenían un aire con las gallinas en temporal cerrado. De "bendito eres entre todas las mujeres" estaba Quique, el lángaro de la casa. A su lado un chiquito de la vecindad, quien estaba de mandado "a ver cómo seguía".

De aquel cuarto salía un ruido como de avispero alborotado; era que hablaban mucho, con voz de indio, con voz de confesionario. Lo que equivale a decir que se hartaban al prójimo, ¡al fin mujeres!

—Vieran qué gozada esta tarde en la estación con la llegada de las Pradilla.

—¿Cuáles Pradilla?

—Pues aquellas Elenita y Engracia Padilla que vivían en Chile de Perro, a la par de la carnicería de ñor Chinto y que al tata le cayó lotería tras lotería en el término de tres meses, lo que las obligó al consiguiente viaje de placer por los "Unitates Estates" y por eso fue que agregaron una erre al apellido y como antes les decían las Menchas, ahora les dicen las Merchas...

—Así son de felices algunos cristianos que están echando pulgas en este valle de lágrimas...

—Idiay, ¿no me dejan seguir con cuento? Figúrense que ahora traen un carro lujosísimo que compraron en la fábrica y por supuesto, fue mucha gente a cepillarlas. Yo fuí únicamente a dar fe, de puro cavilosa. Así que bajaron del tren y las amistades llamaron por sus "frágiles" nombres a esas "encantadoras damitas de nuestra más alta sociedad", oyeron de la boca carmesí—Made in U. S. A.—de la tierna madrecita —ña Merchas, con 57 años según el Registro—el siguiente rezongo correctivo: "Perdonen, mis lindas, pero no se llaman así now. Les like very much que las llaman como nuestros íntimos de Frisco, Helen & Grace..." ¡Vean qué matarile de vieja! A saber si se acordará cuando la mama de ella vendía tamales en La Puebla.

—¿No oíste decir que habían traído mucho?

—Qué va, si lo que traen es "tabique" en la cabeza...

—Y cómo así?

—Pues un tabique que se las divide exactamente en dos mitades; una la tienen llena de cuita y la otra de mierda...

La última palabra fue interrumpida por las presentes que a coro entonaron los primeros acordes de La Marsellesa, lo cual—de acuerdo con un chile que todas sabían—, se aplicaba en los casos en que alguna de las presentes salía con un domingo siete. No pudiendo disimular la risa, las carcajadas se hicieron generales. Sólo el chiquillo de la vecindad seguía callado, observando la cara—que creía triste—de su vecino Quique. Lo veía de reojo porque bien sabía de corrido el retintín aquél que "es falta de educación encararse con las personas mayores". Aquel almizcle que despedía Quique, compuesto de brillantina barata, de gasolina con que se había limpiado el vestido y el olor de cigarrillo de que estaba impregnado aquél, hacía al chiquillo tener fija la atención en aquella persona lánguida.

Qué lindo ser hombre grande para tener un bigotito recortado como el de Quique! Pobrecito este hombre grande que sufre la enfermedad de su mamacita. Tal vez podría morirse. Pero "morir es florecer en otra forma", según decía la recitación aquella que le enseñaron en el Liceo a su hermano, y que declamaba cuando se metía al excusado. Otra vez el almizcle que da la idea justa de ser hombre grande, como su papá. Pero su papá no tenía cara triste. ¿Por qué se burlaría su hermana de la cara de Quique, diciendo que era igual a una chupeta vieja? ¿Sería que a ella no le gustó como novio? Seguía el tropel desordenado de ideas en aquel cerebro infantil, mientras las mujeres hablaban mal de la humanidad.

Bien ignoraba el chiquillo que ese "hombre grande" era un zángano completo, cuyo único oficio eran las correrías nocturnas por hosterías y piecillas de mala muerte y que estaba a caza de una oportunidad de escapatoria—desde luego, sin ofender a la familia—para que la presente noche no se le fuera en blanco como las dos anteriores, en aquella clase de funciones glandulares que sus hermanas tenían como pecado mortal.

El gurú-gurú de esa femenina gente se paró en seco con la entrada en el cuarto de una señora portadora de una palangana en una mano, y en la otra un motete de ropa sucia, ambos a una respetable distancia



de su cuerpo, dado que era propietaria de un busto que hubiera estado muy bien como escritorio, en cualquier oficina de telégrafos. Había aparecido en el justo momento en que Mamita Clara cayó en cama y ella, como prima que era, se improvisó enfermera y comenzó a tratar de vos a todos los de aquella casa, en uso del no muy aceptado parentesco. Ya las recién primas tenían sobre-aviso a sus vecinas del hecho y sobre todo para que se andaran con cuidado, porque la prima de última hora era muy lengua larga y podía meterlas en un berenjenal. Esta fue la razón por la cual la charla se paró de un sopapo.

—Ay chiquitas, ¡por Dios! Consideren a la pobre Mamita Clara. ¿No ven que toda esa bullaranga se oye completica en el cuarto de al lado?

—¿Cómo sigue?—preguntó secamente una de las vecinas que trataba de parar con un golpe de gracia aquel inesperado chaparrón, concluyendo la frase con un estironazo del labio inferior.

—A Dios gracias un poquitico mejor. Ahora se queja menos. No sé cuánto tiene ahora. A las cuatro fue la última vez que le puse el termómetro.

—¿Le diste el agua de azúcar con coñá?—inquirió otra.

—No, me dijo que no quería porque le puede irritar la tripa y va y se tranca. Me dijo que mejor un poquito de atol de sagú. Yo le ayudé a que se lo bebiera en la tetera y por dicha se lo tomó cor-cor. No me dejó más que un asientico que se lo voy a dar a la gata.

Una de las muchachas tomó un parecer a Quique, que seguía tan impasible como el muñeco de hierro de San Antonio de Desamparados.

—Mirá, ¿te parece que llamemos a Mejías-Castro para Mamita?

—Yo qué sé. Ese viejo es muy mal hablado y si aquí viene y sale con sus cosas, a mí puede írseme para arriba la sangre de gallo y no respondo...

—Pero ve, que es tan feo. Tan vecino que es y siempre se pasa con el dele que dele que nunca lo ocupamos,—arguyó otra de las hermanas.

—Bueno, pues yo qué. Hagan lo que les parezca, pero después no me anden con dimes y diretes. Lo mejor que puedo hacer es pintármelas, para así evitar una torta.

Justamente lo que el sapo quería. Agarró el chonete y se las mandó pintar en menos que se persigna un cura ñato.

La prima de última hora terció sin que la estuvieran tomando en cuenta.

—Mire mi muchachito, hágame el favor y va un momentico a la casa del doctor Mejías-Castro, el que vive a la vuelta de la botica, y me le dice que mandamos a decir nosotras que si puede venir a ver a la niña Clarita. Pero antes, entre y saluda a Mamita, que esta mañana me preguntó por usted. Bueno, compermisito, voy a echar esto en la canasta de la ropa sucia.

Salió la prima de última hora con gran regocijo de las muchachas y el chiquillo pasó al aposento contiguo, pero no siguió del marco de la puerta. La escasa luz que dejaba pasar un papel de tienda que se había improvisaad como pantalla del bombillo eléctrico, el olor a cataplasma de romero y a reguero de alcohol de fricciones, sumado a la cara de tragedia y a los quejidos de la enferma, lo dejaron en suspenso, creyendo oportuno tomar precauciones, porque se le podía pegar la enfermedad de Mamita Clara. Al fin, y con la timidez de costumbre, se atrevió a preguntarle:

—Que dice mi mamá que cómo sigue.

Mamita Clara no contestó, pero parando los pujidos, con un pequeño meneo de la palma de la mano y haciendo un gesto igualito al del

Señor de Limpias, cuya imagen colgaba con marco en el respaldar de la cama, le dio a entender algo así como "que seguía igual", o "que se sentía aliviadita".

Si el chiquillo hubiera sabido siquiera un churrete de esa jerigonza psicológica que ahora tienen en moda, hubiera sacado a la primera de bastos que aquélla que estaba de lo más peripuesta dentro de esa cama talladísima, padecía únicamente de "prurito de llamar la atención", lo que podría traducirse en que la enferma lo era más por negocio que por otra cosa y que si echaba un pujido de vez encuando era por no dejar y porque no tenía otra cosa qué hacer.

Tras una corta pausa, el chiquillo dio las buenas noches y fue a cumplir el nuevo mandado que le habían encomendado.

Libres de la mordaza que con su presencia imponía la prima de última hora, en el cuarto contiguo seguía la femenil plática con matices inusitados.

—¿Vos te vas a quedar esta noche?

—No, fijate que estoy cansada porque anoche a mí me tocó la segunda. Mejor descanso. Lelita dice que ella está de refresco y que puede hacer la prima.

—Yo puedo hacer la segunda, si les parece—dijo una de las vecinas—. De por sí que mañana no tengo nada de urgencia que hacer en casa y puedo dormir todita la mañana, si quiero.

Agotado el capítulo de la vela, se volvió al de la chismografía. Ahora el blanco fue Quique.

—Ah hombrecito más chollado y más arrecostado ese señorito de mi hermano!—dijo una de las hermanas desembuchando un resquemorcillo—. Se acuerdan que anoche entró aquí preguntándonos: "¿Cuál de ustedes sabe hacer una cremita?" Yo no esperé segunda y me fui volada a la cocina y hasta gasté la leche que teníamos para el café de la mañana, suponiendo que Mamita la deseaba, y como ella no había probado bocado en todo el día, me la jalé en una carrerita y la serví. En eso me la hizo casi arrebatada el Juan Vainas de mi hermanito y se la emplumó toditica, acompañada de galletas Pochet, engulléndoselas como la máquina de revolver cemento. Si era para él; ¡y a mí que me agarró de purísima pata! Luego me dijo que iba a acostarse en la tijereta que tenemos en la temblorera, allá en el fondo de la casa, porque Mamita con sus pujidos y nosotras con la habladera, no lo dejábamos dormir, ¡a él que no tiene otro oficio que estarse peyendo menudo todo el día!

—Sí, si ya todas sabemos los flojos que son los hombres en un caso de estos. Y aquí, entre nos, tu hermanito como que es medio chiflis, ¿verdad?

—¡Adió, chiflis!! Loco, pero loco por negocio que se equivoca en favor de él, querrás decir...

El relojillo del comedor que estaba medio chocho,—como ciertas personas que imaginan que levantándose más temprano amanece más ligero—, dio las nueve, repiqueteándolas con pausa y que una de las vecinas recogió con un grandísimo bostezo. En ese justo momento entró el doctor Mejías-Castro, que sin tocar siquiera la puerta de calle, llegó hasta la enferm.a, gastándose suficiencias de ventarrón que ya rayaban en terremoto:

—Idiay, vieja del diantres, ¿te sentís muy jodida?

Como el doctor conocía la tusa con que se rascaba, amenizó la pregunta con una sonora nalgada a la enferma, la que en el azoramiento se olvidó de los quejidos y no hizo ni cuío.

—Mirá, mejor podías haberte muerto, así descansaríamos todos. Para que no digás que no sirvo para nada, voy a dejarte esta medicina. Te apretás una cucharadita de las de sopa, pero no muy llena, cada dos horas. Y lo que es mañana mismo agarrá la piedra de moler, o la plancha, o la batea, o por lo menos un chuica del piso, porque ya aburrís tan vaga y tan necia.

Y salió como había entrado, dejando sobre la veladora el papelillo con la receta.

—o—

Al que le preocupe saber el estado de salud de tan apreciable matrona, sepa que Mamita Clara amaneció alentada, gracias a Dios y a las cucharadas que le mandó Mejías-Castro.

Al que le preocupe conocer el monto de la cuenta de tan acertado galeno, sepa que de feria no cobró nada, que fue lo que más le gustó a aquella distinguida familia de nuestro perfumado jardín social.

FEDERICO GOGÁN

Del libro inédito *Fisga Criolla*. Los hechos y los personajes (también sus nombres) que se incluyen en este relato son ficticios. Cualquier parecido que tengan con los de la vida real se debe a una simple coincidencia.

Noticia de libros

(*Viene de la pág.* 75).

De mi amigo de siempre, Luis Cardoza y Aragón, llega este libro:

La Nube y el Reloj. Pintura mexicana contemporánea. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. México. 1940.

Los siete pintores seleccionados: Agustín Lazo, Carlos Mérida, Rufino Tamayo, Julio Castellanos, David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera y José Clemente Orozco.

Reproducciones numerosas, de sumo interés.

Con el autor: Avenida Alvaro Obregón, 13. México, D. F. México.

*

Rubén Darío Sánchez, ahora residente en esta ciudad, ha selecionado y ordenado, en un tomito muy bien hecho, algunos de los mejores *Poesías* de Rubén Darío. Imp. Lehmann. San José, C. R. 1941.

Precio del ejpr.: 0.50 ctvs. de *dólar*.

*

En las ediciones del *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica:

Víctor Manuel Rivas: *Antesala* (Comedia).

(Primer premio del Concurso "La Comedia Venezolana", promovido por el Ateno de Caracas (1940).

Diálogo fácil, escenas sin artificio, filosofía popular y cierto humorismo, hacen esta comedia muy agradable; sonriendo enseña el autor (venezolano).

*

Por la Agencia Internacional de Recortes periodísticos, *Los Recortes* (Cangallo 940.-35 Libertad 2786. Buenos Aires, Rep. Argentina), nos ha llegado esta comedia en tres actos de Sem Benelli: *La Orquídea*. Versión castellana de Andrés Clipping. Buenos Aires. 1940.

(La hemos leído con sumo gusto).

*

Atención del autor que mucho agradecemos:

Silvio Villegas: *La imitación de Goethe*. Ediciones Librería Siglo XX. Bogotá. 1940.

Nos ha llegado por intermedio de Hugo Moncayo, Consejero de la Legación del Ecuador, en Bogotá.

Con el autor: Manizales, Colombia.

*

Envío de *Atenea*. Universidad de Concepción. Casilla 20 C. Concepción. Chile.:

Enrique Molina, Rector y Profesor de la Univ. de Concepción: *Páginas de un Diario*. Viaje a los Estados Unidos de Norte América. Abril-Julio de 1940. Editorial Nascimento. Santiago, Chile. 1940.

*

Guillermo Díaz: *Cómo llegó Falange al Poder*. Análisis de un proceso contrarrevolucionario. Ed. Aniceto López. (Córdoba 2082). Bs. Aires. 1940.

(Ensayos referentes al fascismo).

Atención del autor.

*

De Arturo Torres Rioseco: *Canto a España Viva*. México. 1941.

Con el autor: Universidad de California. Berkeley, Calif. U. S. A.

*

Envío de Jorge Carrera Andrade: *Registro del Mundo*, Antología poética. 1922-1939. Quito. 1940.

Selección de los libros: *Estanque inefable, Guirnalda del Silencio, La Hora de las Ventanas Iluminadas, Rol de la Manzana, Boletines de Mar y Tierra, El Tiempo Manual, Biografía para uso de los Pájaros. País secreto.*

(Un tesoro poético. Edición cuidadísima).

Registro del Mundo se consigue con el *Grupo América*. Aptd. Nº 75. Quito. Ecuador.

Con el autor: 92, García Moreno, 92. Quito, Ecuador.

*

Con las ediciones IMAN, que señalamos:

H. E. Kaminski: *El Nazismo como problema sexual*. Ensayo de Psicopatología. Traducción directa del alemán de Gustavo Erlicho. Bs. Aires. 1940.

José Gabriel: *El loco de los huesos*. Vida, obra y drama del Continente Americano y de Florentino Ameghino. Buenos Aires. 1940.

(Ediciones Imán: Sarmiento 1320. Bs. Aires, Rep. Argentina).

"Raíces de Esperanza"

Un libro de versos de Carlos Luis Sáenz

(En el *Rep. Amer*).

En las *Vidas Paralelas* dice Plutarco: "... por lo tanto, como en una calamidad manifiesta, ponían en la nave vela negra".

Nada puede ser tan negro como las velas negras, porque uno se las imagina siempre de una blancura que deslumbra. Magnífica calidad poética hay en el símbolo.

Pero pasando de la civilización antigua a la actualidad, tenemos este dato: 10.000 niños asesinados en España y 25.000 heridos por las bombas facciosas... Ya no debería haber en los mares de nuestra *civilización* una sola vela blanca.—*E. P.*

——o——



Velas negras

Madera de *Emilia Prieto.*

Carlos Luis Sáenz publicó recientemente un libro de poesías que se titula *Raíces de Esperanza.*

Se define en él Carlos Luis, como un gran poeta revolucionario, si por ser revolucionario se sigue la definición de Ramón J. Sender que dice que es ser fundamentalmente un hombre honrado.

El poeta se plantea de un modo inteligente, esta apocalíptica realidad histórica que le ha tocado vivir, y expresando con belleza y serenidad su convicción honesta, se convierte como todo gran artista, en un organizador de conciencias, en un propagador de inquietudes que alumbra con destello redentor de alborada, muchas cosas ocultas y perdidas en la noche de nuestra profunda y cómplice ignorancia.

Por ahí le oye decir uno a los que son eruditos que a los poetas les dicen "vates" porque en latín quiere decir "adivinos" o "profetas". Si confrontamos el sentido de esto con el que hay en el título de este libro de Carlos Luis, al llamarlo *Raíces de Esperanza*, hallamos una relación directa con algo que se proyecta hacia el futuro, que se vislumbra y se anuncia como un vaticinio.

A un porvenir venturoso se traslada el poeta por ejemplo cuando dice en *La Muerte de García Lorca* (Pág. 29).

Vendrán de Fuente Vaqueros
los niños y los ancianos,
y tendrás sobre tu piedra
los azahares valencianos.
Y te lavarán la sangre
con nieve de Guadarrama,
capitanas españolas,
madres de tu nueva patria.
Cuando vuelva el miliciano,
¡oh, Granada redimida!,
su bandera enternecida
plegará con suave mano
bajo tu hermosa cabeza
de gitano!

Siendo bien considerado este libro, un verdadero acierto de publicidad, un dar a conocer en letra impresa lo mejor y más noble que se lleva en el alma, hasta parodias de canciones populares que se pueden cantar con otra letra de intención constructivamente burlona y zahiriente, quisiera hacer especial referencia a un poema *Sangre de niño español*, que se halla en la página 18 de este libro de versos.

Sangre de niño español es una poesía escrita con una extraordinaria inteligencia y para un público inteligente.

Después de leerlo varias veces, comencé a recordar con insistencia, aquel cuento de Edgar Poe que se llama *La máscara de la Muerte Roja.* En la forma bellísima de ambas cosas creía hallar una gran semejanza. Pero aún la hay más en el sentido, en el fondo. Y he llegado hasta a vislumbrar el hondo contenido social que Poe plantea genialmente en *La Máscara de la Muerte Roja.*

¿No es el *Príncipe Próspero* el hombre-símbolo de esos que creen que pueden aislarse egoístamente del dolor y la devastación que azota a sus semejantes? ¿De los que creen ingenuamente que pueden constituir en este mundo de crueles realidades un olimpo intocable? Luego de guarecerse en el castillo almenado su feroz individualismo, el protagonista del cuento se desentiende de todo.

El y su clan están a salvo, según es el criterio insensato.

"El mundo del exterior se cuidará a sí propio. Mientras tanto era un crimen apesadumbrarse o pensar. El príncipe había llevado todos los accesorios del placer. Había bufones, había improvisadores, había bailarines, había músicos, había Belleza, había vino. Todo esto y la seguridad, adentro. Afuera la *Muerte Roja.*"

Mientras trascribo esto, pasan por mi memoria montones de personas que uno conoce que viven—ultrapasado el símbolo—en esa misma actitud. Egocentristas. La seguridad para sí propios y su círculo. Para los demás, la miseria el horror y la muerte.

¿Pero qué ocurre con los tales Prósperos? —Que así, furtivamente, sin drama ni retórica —en un mundo de ensueños y de cosas fantásticas como en el que se mueven las figuras de Poe, el mal, o la epidemia o la miseria, los alcanza por fin en la propia torre de marfil o en el cuarto de terciopelo donde creyeron guarecerse.

En *Sangre de niño español* está planteada la misma tesis. Cuando son los momentos en que de las ramas escuálidas de esta "civilización" brota esa flor negra y pestífera que es le asesinato de niños indefensos, viene a ser un cómplice del crimen quien no se formule ante su conciencia la espantosa verdad de que esta tal "civilización" está viciada en lo más profundo de su base. Tiene que haber sembrado huracanes para recoger las tempestades que está recogiendo. O está cimentada en falacias y se sustenta de contradicciones que para resolverse asumen las proporciones de lo ciegamente catastrófico. Y sus turiferarios predican el horror al pensamiento vivo, a la sinceridad potente, a la mente activa y creadora, porque viven de muerte. Los inspira el espíritu de Herodes y se nutren de sangre inocente, de sangre de niños.

(Pág. 18. *Es un pequeño pozo*, etc., etc.) dice el poeta...

Es un pequeño pozo,
paralizante de horror, en que los picos
y las garras se mojan;
esa sangre borbota en las palabras
blancas de los mensajes diplomáticos;
brilla en las corbatas de los ministros;
rojea en las púrpuras olorosas a incienso;
sube en las oraciones de los altares
como un velo de tragedia;
canta, ciega, en los cantares
y en las rondas de los niños del mundo;
como una sonámbula fantasma,
tiñe las mesas y los escritorios
de los estadistas; baja en las horas profundas de la noche
de las estrellas claras;
grita en las hélices de los aeroplanos;
mancha los cascos de los buques de guerra;
salta como un pececito de maldiciones
en las risas de todos los generales traidores;
nubla las deletéreas bellezas
de los poetas fascistas;
humedece la tela de las banderas prevaricadoras
¡y no hay sol que la seque, nunca, nunca, nunca!

Y entonces se imagina uno de un modo vívido las corbatas y los guantes y las tiaras y las togas y todo el maldito indumento de los fariseos manchado con sangre que ya no podrá limpiarse sino por un acto místico de pensamiento y de estudio y de revolucionaria protesta, como las tétricas vestiduras de aquel horrible fantasma que se movía siniestramente con paso solemne y prosopopéyico, como se mueven todas estas vacuas figuras de la diplomacia y del privilegio, sin que debajo de esos tapujos pueda uno hallar, al asirlas, ninguna forma tangible.

EMILIA PRIETO.

Costa Rica, enero 22 de 1941.

EDITOR:
J. García Monge.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, nifiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
UN TOMO: $ 3.00
DOS TOMOS: $ 5.00
oro am.
Giro bancario sobre Nueva York

Sangre del niño español

Por Carlos Luis Sáenz

(De *Raíces de Esperanza*. Poemas. San José, Costa Rica, 1940).

*Allí está tu sangre, acusadora para siempre,
tu limpia sangre pura, derramada,
tu sangre blanda y fértil,
tu sangre de mensajes mutilados,
tu ágil sangre de pájaro y de viento,
tu sangre viva y palpitante,
tu sangre universal, calor del mundo,
tu sangre clara como la mañana,
tu sangre rica de sol, tu sangre
ya sin cuerpo,
tu sangre milenaria, en grumos por la tierra.*

*Es un pequeño pozo,
paralizante de horror, en que los picos
y las garras se mojan;
esa sangre borbota en las palabras
blancas de los mensajes diplomáticos;
brilla en las corbatas de los ministros;
rojea en las púrpuras olorosas a incienso;
sube en las oraciones de los altares
como un velo de tragedia;
canta, ciega, en los cantares
y en las rondas de los niños del mundo;
como una sonámbula fantasma,
tiñe las mesas y los escritorios
de los estadistas; baja en las horas profundas de la noche,
de las estrellas claras;
grita en las hélices de los aeroplanos;
mancha los cascos de los buques de guerra;
salta como un pececito de maldiciones
en las risas de todos los generales traidores;
nubla las deletéreas bellezas
de los poetas fascistas;
humedece la tela de las banderas prevaricadoras
¡y no hay sol que la seque, nunca, nunca, nunca!*

*Esa sangre ha mojado las conciencias
con indeleble pesadilla; y ya el pan
en la espiga o en la mesa; y ya el pájaro
entre las rosas del domingo,
y el agua y la vida y el sol y las ideas,
tienen un sabor amarguísimo de sangre.*

*Nadie que sea hombre, desde ahora, podrá en la noche,
conciliar el sueño,
ni levantar en cada una de sus acciones
un poco de ese peso de miseria
que es esta espesa sangre derramada.
En los ruidos,
en los colores y en las formas,
el velo de esa sangre hiere continuamente los sentidos;
ya la gracia del mundo se ha perdido.
¿En qué orilla verdeante de un arroyo
se alzará la flor pura de la gracia que no lleve
este frío y desorden
de tu sangre que contamina todo cuanto alienta?
¿Quién podrá en azules cámaras
de devoción alzar
plegarias, que no sienta
la santidad del mundo prostituida para siempre
con el gotear incesante de tu sangre?
¿En qué beso de niño
o de mujer rendida como fruta
dejará de beberse ahora el triste
frío de tu viva sangre derramada?*

*Clama tu viva sangre sin olvido,
clama sobre la faz de la tierra,
y los hombres morimos de vergüenza.
¡Sólo los monstruos que la derramaron
se revuelcan podridos en sus cuevas
relinchando!*

Los casos ejemplares

Repertorio Americano

Ampliamente conocida en nuestros círculos intelectuales es la hermosa revista que con el título de *Repertorio Americano* viene publicando don Joaquín García Monge desde hace muchos años en San José de Costa Rica. Publicación admirable, de un buen gusto exquisito, de una generosidad mecánica, de una variedad extraordinaria, lugar de cita de todos los escritores de América, que a través de sus páginas se han hecho amigos.

Y sin embargo, a pesar de los méritos insignes de tan interesante publicación, hoy atraviesa días difíciles. Don Mario Santa Cruz, escritor ampliamente conocido entre nosotros y en la América Central, lo mismo que en México, donde ha vivido los mejores años de su juventad, nos ha hecho saber la necesidad de ayudar al magnífico luchador que es García Monge. Nada tan grato como acoger la idea, una vez que el *Repertorio Americano* cuenta entre nosotros con numerosos lectores, admiradores y amigos.

La suscripción a la revista no vale sino un dólar por año (*). Conseguir trescientos o cuatrocientos suscriptores nos parece tarea muy fácil, sobre todo desde el momento en que el señor Presidente de la República nos manifestó que personalmente tomaría cien suscripciones, a tiempo que los doctores Plinio Mendoza Neira y Luis Eduardo Nieto Caballero, amigos personales de García Monge, han ofrecido tomar varias. Hacemos un llamamiento a todos los demás lectores del *Repertorio Americano* para que se dirijan al señor Santa Cruz (carrera 12 Nº 15-89) o a los señores Mendoza Neira y Nieto Caballero para hacerles saber cuántas suscripciones desean o en qué forman quieren contribuir a esa noble empresa de acercamiento hispanoamericano.

(*El Tiempo*. Bogotá).

(*) Corregimos: Valdría 4 *dólares*, precio de agencia, con derecho a 2 *vols*. de 24 *entregas* cada uno.

Enrique Labrador Ruiz publica su novela *Anteo*, primera edición, portada y viñetas de Juan David, La Habana, 1940, y nos envía algunos ejemplares para el fondo económico del *Rep. Amer.*

G. González y Contreras publica *Trinchera*, "elegía y canto épico del pueblo salvadoreño, del pueblo americano...", segunda edición, La Habana, 1940, y también nos envía algunos ejpr. para la venta en beneficio del *Rep. Amer.* Lo mismo ha hecho con su estudio: *Rubén Romero, el hombre que supo ver*. Imp. "La Verónica". La Habana. 1940.

Y qué decir de Arturo Mejía Nieto que ha hecho lo mismo con su novela *Liberación*. Editorial Sopena, Bs. Aires. 1939.

Señalamos estos casos de cooperación y amistad, tan raros en nuestra América. De tarde en tarde hemos venido señalando uno que otro por el estilo.

*

La Crítica en la Edad Ateniense

(600 a 300 años A. C.)

Indice

Caro Joaquín García Monge:
Esto fue mi curso en Filosofía y Letras —del 6 de enero al 7 de febrero 1941— y éste será mi próximo libro.
Abrazos,

Alfonso Reyes